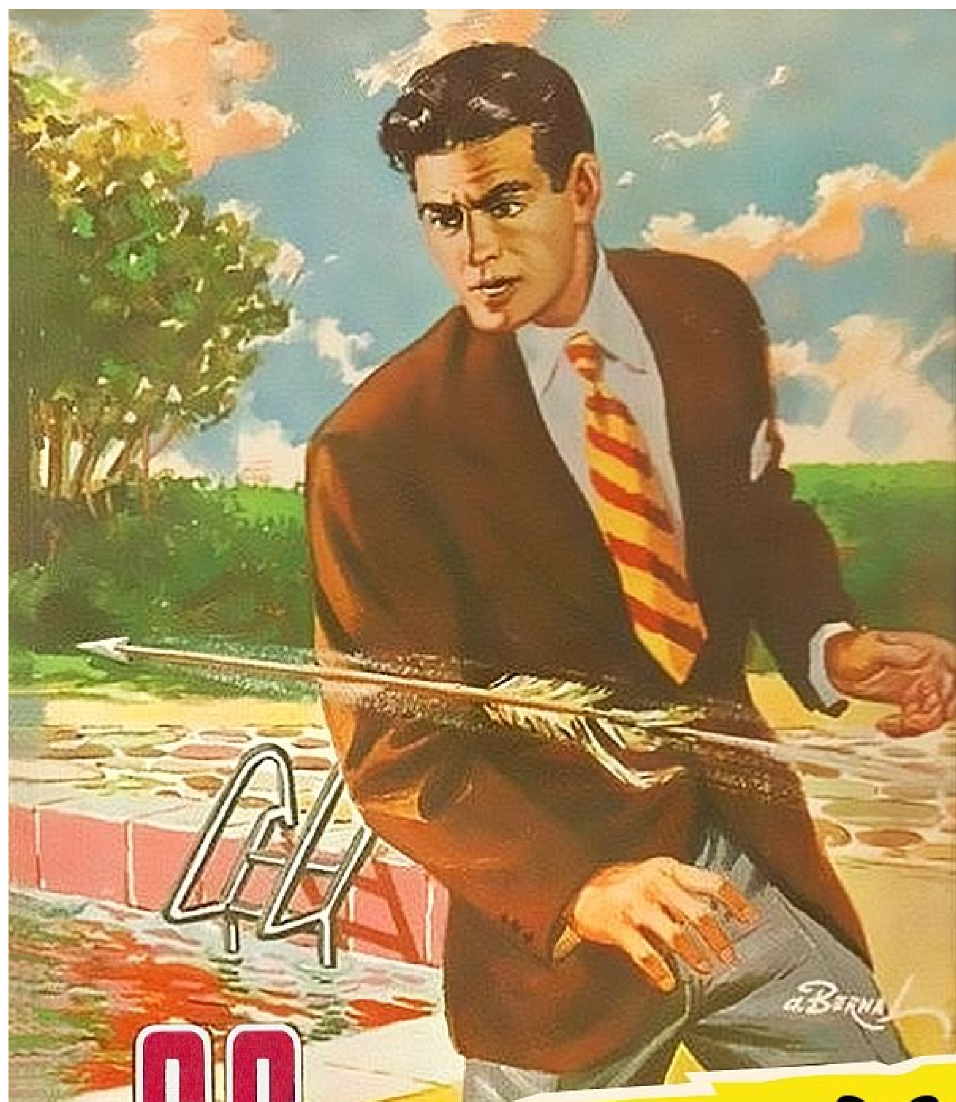


SS

SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

LAS DAMAS MATAN RIENDO

Novela negra en estado puro en que un investigador privado, Fox Derek, es convocado en una urbanización en proyecto por el empresario Ogden Carson que le encarga que siga a su mujer. Aunque Carson es algo raro viste una canadiense y botas, Derek acepta el encargo. Sigue a la mujer hasta que descubre que es su exmujer, Gerta Heilan. Cuando se encuentran cara a cara, Gerta es asesinada de un flechazo en la espalda y todas las sospechas recaen en él.



Peter Debry

Las damas matan riendo

Bolsilibros: Servicio Secreto - 387

ePub r1.0

jala y xico_weno 08.12.17

Título original: *Las damas matan riendo*
Peter Debry, 1957
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





PETER DEBRY

Las damas matan riendo

1ª. EDICIÓN

DICIEMBRE

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)



Las DAMAS MATAN riendo

por PETER DEBRY

CAPÍTULO PRIMERO

El cartel proclamaba, con letras monumentales, que aquella desértica llanura era nada menos que «CEDDAR SEA. BARRIO RESIDENCIAL».

Y en aquella mañana aún calurosa de octubre, Fox Derek contemplando el selvático terreno, adivinó que no era fanfarronada lo que afirmaba el gran cartel.

Antes de medio año, aquellos terrenos que sólo parecían residencia de liebres y lagartos, se convertirían en una de las tantas urbanizaciones a que estaban habituados los californianos del Sur.

Un tractor había ya trazado las cicatrices de lo que serían las calles. Subdivisiones señaladas por banderines indicaban los espacios delimitando los futuros chalets.

No cabía duda de que antes de seis meses y con la inversión de algunos millones, Ceddar Sea empezaría a ser una realidad, aunque el mar estuviera lejano en el horizonte y oculto por una hilera de colinas.

Los cedros se plantarían, y hasta sería posible que alguna colina fuese arrasada para permitir la visión del océano.

Porque de la Urbanización Ceddar Sea, se cuidaba Ogden Carson, uno de los principales financieros creador de otras parcelas ya habitadas.

Fox Derek no conocía personalmente a Ogden Carson, aunque desde la tarde anterior, a las cuatro, Carson era ya su cliente. Cliente del detective Fox Derek.

La principal cualidad de Derek era que no tenía aspecto de detective ni de nada parecido. Era un hombre corriente, de mediana estatura, cabello castaño, ojos castaños y rostro inexpresivo.

Fox Derek cuidaba mucho de conservar su aspecto, vistiendo

traje de franela gris y conduciendo coche gris. Pero tanto el hombre como el coche eran capaces de mayor velocidad y resistencia que su aspecto permitía suponer.

Detuvo el coche ante el único edificio a la vista. Una construcción original y presuntuosa. Imitaba un castillo con torreón en cada esquina, y cuando estuviera en plena marcha la urbanización, el castillo de las oficinas «Ogden Carson» sería desplazado en bloque a otro lugar desértico, para crear otra urbanización.

Más allá del castillo había un hombre esperando, reclinado a la sombra de una roca. Fox Derek, abandonando su coche, se aproximó indagando:

—¿El señor Carson?

—Yo mismo. Y supongo que usted es Derek —replicó antes de examinar la tarjeta que le entregaba Derek. Era un hombre alto, rondando los cincuenta, con cabello gris y mejillas hundidas—. Bien. ¿Alguien le ha visto venir?

—Tal vez una liebre o dos.

No sonrió Carson. Sus modales y su aspecto eran bruscos y autoritarios.

—Présteme atención, ya que no pienso repetirle lo que ahora le diga. Tengo entendido que usted es bastante hábil en su profesión. Quiero que investigue los pasos de mi esposa. No, nada de estúpidos celos ni sospechas de esta índole. Ella es ambiciosa, y me temo que pudiera tratar secretamente con algún rival mío en finanzas. Sólo es una cuestión de crédito. ¿Comprende? No se prestan millones a un hombre, si cabe la sospecha de que su esposa puede aliarse con un rival financiero.

—¿Tiene algún hecho en concreto que le permita hacer tal suposición?

—Si lo tuviera, no le contrataría, Derek. Precisamente para esto le quiero: para que aporte hechos, pruebas. ¿Cuál es su tarifa?

—Cincuenta diarios más los gastos. Esta tarifa incluye un informe diario mecanografiado, y mi presencia como testigo ante cualquier acto legal destinado a que se demuestre lo que usted sospecha.

—Bien, por de pronto es preciso evitar toda publicidad. Naturalmente, esta investigación es sólo una precaución elemental,

ya que espero equivocarme en mis sospechas.

—Naturalmente. Tenga la bondad de firmar esta ficha privada, donde usted, como cliente, me autoriza para investigar.

Leyó Carson, y, firmando, devolvió la ficha, diciendo:

—No le pagaré en cheque, sino en efectivo. No quiero que nadie sepa que me he entrevistado con usted. Por eso mismo, le he entrevistado aquí. He venido en taxi, y si me lleva a la estación, cogeré el tren del mediodía.

—Cuando usted quiera.

Al caminar Carson hacia el coche, percibió Derek un detalle llamativo.

Ogden Carson vestía muy elegantemente un traje gabardina tabaco; un fieltro Homburg, y, pese al calor, una lujosa canadiense.

Sin embargo, calzaba botas, viejas botas, muy en contraste con su distinguido atuendo.

Al deslizarse tras el volante, comentó Derek:

—Veo que calza usted zapatones de excursionista. ¿Temía que yo no me presentase y tuviera que tirarse una caminata hasta la estación?

—Cuando tenga usted mi edad, sabrá prescindir de la opinión ajena y permitirse el lujo de la comodidad.

Meditó Derek que no veía la comodidad en llevar una canadiense en día caluroso, pero no lo expresó. Los caprichos de un cliente rico eran caprichos de su personal incumbencia.

Cuando ya el coche rodaba por la carretera asfaltada, pareció Carson perder parte de su envarada brusquedad, como si ya hubiese dejado atrás un negocio molesto.

Pero volvió a envararse, al preguntar Derek:

—¿Ha traído usted una foto de su esposa?

—No. ¿Era necesario?

—Siempre ayuda. Deme una descripción.

—Es bastante más joven que yo. Alta, rubia y bonita. Generalmente, en sus paseos lleva una chaqueta de visón.

Pensó Derek que la esposa de Carson debía ser como él, friolera. Añadió Carson:

—Ya encontrará mi dirección en el listín. Si ella sale de mi casa,' no la puede confundir ni con mi madre ni con mi secretaria, puesto que no son rubias.

—¿Quiénes forman el servicio femenino?

—Una cocinera y una muchacha mejicana que viene dos veces por semana para la limpieza. Espero que no pensará usted interrogar al servicio. Ya le he dicho que mis sospechas pueden ser infundadas, y, por lo tanto, requiero el máximo de discreción. Lo que preciso únicamente es un informe diaria de los pasos de mi esposa.

—El cliente manda.

Detuvo Derek su coche en la explanada ante la estación cercana al puerto. Bajando, dijo Carson:

—No llame a mi casa. Yo le telefonearé a usted. ¿Cuándo empieza su investigación?

—Esta misma tarde.

La alta figura de Ogden Carson; distanciándose, adquiría en su parte inferior un aspecto cómico, luciendo las viejas botas. Pensó Derek que aquellas excentricidades y los bruscos modales eran privilegio de quién podía permitírselo por sobrarle los millones.

Por rutina de curiosidad, después de aparcar bajo un cobertizo, pasó a la sala de espera. Allí no estaba su cliente. Tampoco estaba en el andén, donde ya los viajeros iban subiendo a los vagones.

Subió también Derek yendo desde el último vagón hasta el coche restaurante del primer vagón. Bajó cuando ya el jefe de estación daba la señal de partida.

Y en el andén permaneció pensativo.

Ogden Carson no había tomado aquel tren. ¿A dónde se había ido? Volviendo a su coche, decidió Derek que por cincuenta dólares diarios no iba a escarbarse más los sesos, salvo para cumplir con su compromiso. Seguir los pasos de la esposa de Ogden Carson.

* * *

La avenida donde estaba la mansión de los Carson era tal como correspondía al distrito residencial y antiguo. La casa de Ogden Carson era la más nueva del barrio y bastante llamativa.

Ocupaba toda una manzana, con su parque, piscina y campo de tenis.

Sentado tras el volante de su coche detenido, Fox Derek esperó pacientemente.

Esperar y con paciencia era parte esencial de su profesión.

Hacia las tres un dos plazas carmesí, marca «Lincoln», salió del jardín delantero de la casa. La que conducía llevaba anchas gafas de sol y una boina.

Su larga melena era rubia y sobre los hombros se echaba, a modo de capa, una chaqueta de visón.

Correspondía, pues, a la descripción dada por Carson. Puso Derek su coche en marcha, siguiendo al «Lincoln» carmesí. Era un experto en seguir y observar sin ser observado.

Condujo ella al centro de la ciudad, aparcó y durante más de una hora, se dedicó al deporte femenino de ir de tiendas. A ratos se detenía ante escaparates.

En una ocasión se encerró en una cabina telefónica, efectuando una breve llamada. La rubia del visión se comportaba como una mujer normal, sin nada equívoco.

Pero varias veces experimentó Derek una extraña sensación. Si bien vigilaba de lejos a la rubia del visón le parecía, a su vez, que él era vigilado desde otro punto.

Atribuyó aquella sensación al tiempo bochornoso, con repentinas ráfagas de viento fresco. Ponía nervioso. Empezaban a encenderse los escaparates, cuando ella regresó a su coche, y siguiendo al dos plazas carmesí, empezaba Derek a tener una obsesión.

Ver cuanto antes el rostro de la señora Carson, que seguía llevando las grandes gafas de sol. Ella condujo hasta el garaje del domicilio de Carson, y encerró el coche.

Anotó Derek la hora, y por entre el seto vio a la señora Carson salir del garaje y dirigirse hacia el iluminado porche. Se había ya quitado las gafas.

Y Fox Derek reconoció perfectamente aquel bonito rostro, porque pertenecía a la mujer que tiempo atrás había sido la señora Fox Derek, su esposa.

CAPÍTULO II

El último año de guerra lo había pasado Derek en una isla de coral al suroeste del Pacífico. Topográficamente, la mujer más cercana estaba a ochocientas quince millas náuticas.

Y en la primera semana de llegar a su patria, conoció Derek a Gerta Heilan. Se casó con ella a la segunda semana. Legalmente, se extinguió el matrimonio a los dos años, aunque mucho antes ya estaba acabado.

Y ahora se hallaba alquilado para seguirla. Por dos veces, puso en marcha, dispuesto a renunciar a su misión. Por dos veces, se dominó. ¿Era coincidencia que Ogden Carson le contratase a él precisamente? ¿O no lo era?

Posiblemente, Gerta no le habría comunicado su primer matrimonio. Ella sabía mentir con tino y frecuencia.

Persistió en su acecho, mientras en la casa Carson todo seguía su rutina. Cóctel, cena, la televisión… La madre de Ogden bordaba. Gerta paseaba nerviosamente.

Miró ella su reloj, y abandonó el salón, subiendo a la planta alta. Fox Derek enroscó el tapón de su termo, sacudiendo las migajas de emparedados.

Poco después, ponía en marcha, viendo salir el dos plazas carmesí. Pero de nuevo, cerró el contacto. La que conducía el coche no era Gerta, sino la secretaria.

Tenía que continuar esperando. Cuando su reloj marcaba las ocho, un chorro de luz inundó la parte posterior de la casa.

Derek bajó del coche, cruzó la calle y yendo por la lateral, tanteó una puerta en el muro. Pero la puerta estaba cerrada. Retrocedió y dando un salto, consiguió afianzar las manos en el borde del muro. Un borde lo suficientemente ancho que le permitió

tenderse y explorar.

Vio el verde césped iluminado por focos angulares, y una pequeña jungla artificial a un lado de la piscina. Al final, cerca de la casa, había unas cabinas y mesas con parasoles.

Gerta Heilan se tendía en una tumbona. Llevaba un traje de baño blanco y encima el visón. En la mesita a su lado había una licorera y dos copas.

Fox Derek se deslizó suavemente hasta el suelo florido. Un amplificador desde las cabinas emitía música, y con su rumor cubrió Derek su avance hacia la piscina. Se detuvo a la sombra de la palanca de zambullida.

Sentándose tras el follaje de un arbusto tropical, se dispuso a esperar. Pero a los pocos segundos, Gerta Heilan miró hacia el arbusto tropical, y dijo amablemente:

—Estarás mejor aquí cerca, Fox. Mucho más confortable.

Por unos instantes, siguió Derek sentado, sintiéndose como un niño sorprendido en el momento de meter los dedos en un bote de confitura. Se levantó, creyendo sonreír burlón, pero en realidad crispaba las mandíbulas.

Como una reina en su trono concediendo audiencia a su súbdito, añadió ella:

—Es agradable volver a verte, Fox. Siéntate, por favor, y sírvete un cóctel o lo que prefieras. Ya ves que traje una copa para ti.

—Gracias —dijo él, envarado—. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Cuando oí el ruido adiviné que eras tú. Ya estuviste siguiéndome esta tarde.

—Supongo que me vuelvo torpe con los años.

A Gerta no le gustaba oír mencionar el paso del tiempo. Pero seguía siendo juvenil y hermosa. Con exotismo, por sus rasgos nórdicos de nativa escandinava. Sus ojos eran preciosos, pero calculadores.

—Tienes buen aspecto, Fox. Siéntate. Te prepararé un «Alexandra», ya que recuerdo que te gusta.

Sentándose, negó Fox:

—Gracias por la fineza, pero no bebo.

—Eres el mismo de siempre. No has cambiado nada. No me digas que sigues malviviendo con tu mísera agencia detectivesca.

—Sigo.

—Está tarde, mientras me seguías, pensé si se debía a un impulso romántico. A lo mejor, en el fondo de tu corazón alienta un poco de llama.

—Se apagó hace años, y por completo.

—Entonces sólo ha sido vulgar curiosidad. Querías saber qué tal me iban las cosas. Pues ya lo ves… —Y tendió la mano en movimiento semicircular, abarcando la propiedad—. Esta casa vale setenta y cinco mil, sin muebles. Y eso sólo la casa…

—Ya sé que en lugar de corazón tienes una caja fuerte, Gerta. ¿Qué tiempo llevas casada?

—Ogden y yo nos casamos el año pasado en Las Vegas.

—Y Ogden sospecha que juegas a dos paños. Para eso me contrató.

—¡Mientes!

—Yo no sabía quién era la esposa de Ogden Carson cuando acepté la investigación. Pero ahora que sé quién eres, renuncio. No considero ético vigilarte, ya que aparte de que eres mi exesposa, tengo prejuicio contra ti y en mi profesión no es ético.

—¿Dices que Ogden te contrató para espiarme? ¡Pero si yo no tengo nada que reprocharme!

—Bueno, ya que no estoy de servicio, puedo beber un trago.

—Bebe, y ojalá te envenenes. Estoy segura de que Ogden no te contrató y has venido solo para herirme.

—En realidad —y esta vez la sonrisa le salió sinceramente burlona a Fox Derek—, tu marido me ha contratado para protegerte. Se preocupa mucho por tu salud.

Ella pareció aceptar como buena aquella explicación, y desarrugando el ceño, sonrió contenta:

—Es muy propio de mi adorado Ogden. Se preocupa porque estoy mucho tiempo sola, pero no tiene que inquietarse. Ya ves —y sacó del bolsillo de visón un cuchillo de caza, en su funda lujosa—. Como puedes apreciar, puedo protegerme en caso de ataque.

—Nunca lo puse en duda.

Bromeando, hizo ella oscilar el cuchillo desenfundado ante el rostro de Derek.

—Espero que no intentarás recordar que fuiste mi primer marido. Te aviso que me defendería hasta pasar por encima… de tu propio cadáver.

El tono era de chanza, pero no el propósito. Sin retroceder el rostro, aclaró Derek:

—Cuando decidimos divorciarnos, me lavé las manos, y así sigue. Vivo mucho más tranquilo desde que te perdí de vista. Puedes guardar el cuchillo.

Lo guardó ella, murmurando:

—Eres un encanto, Fox. Voy a bañarme. El día ha sido muy caluroso, ¿verdad? Si quieres hay calzones de baño en las cabinas. Puedes nadar un poco.

—Me vuelvo a mi casita libre. No estoy acostumbrado a la vida de los millonarios.

—Pues es la única que vale la pena vivir, Fox. Al menos, sírvete otra copa, para que el camino hacia tu pocilga te resulte menos pesado.

Se quitó ella el visón y caminó hacia la palanca, encasquetándose el gorro de baño, ocultando sus rubios cabellos.

Efectuó con arte el salto del ángel y nadaba con brazada suelta y rítmica. Era agradable de contemplar.

Bruscamente, volvió Derek la espalda, cuando ella subía por la escalerilla, lentamente.

Llenó Derek su copa con vermut seco y angostura.

—Hazme un «Alexandra», Fox —gritó ella desde el extremo de la piscina.

Él no se volvió y poco después oyó el ruido de la zambullida. No la esperó para ir saboreando el amargo brebaje, haciendo antes un silencioso brindis por la casa que costaba setenta y cinco mil, sin muebles.

Él renunciaba a investigar por cuenta del financiero Carson.

Cuando se volvió, la superficie de la piscina estaba lisa, salvo por unos leves rizos en círculo. Gerta Heilan no había remontado a la superficie.

Dejó pasar un largo minuto, pensando en otra broma clásica de Gerta. Que estaría aguantando la respiración, para emerger de pronto como una sirena.

Pero transcurrido el minuto, se alarmó Derek, acercándose al borde de la piscina. La vio.

Gerta Heilan estaba muy visible en el fondo de la piscina, iluminada desde abajo. Yacía a tres metros de profundidad, muy

ajena a toda broma.

Entre las desnudas espaldas, sobresalía el extremo de plumas de una flecha. De la herida salía una delgada cinta de sangre, remontando a la superficie, en espiral, como el humo de un cigarrillo.

La mente de Derek se negó en un principio a aceptar la realidad. Trataba de hallar una explicación racional, y al no hallarla, comprendió súbitamente.

Fue quitándose la chaqueta, murmurando:

—Tengo que sacarla, tengo que sacarla…

Se había ya quitado los zapatos, cuando le volvió el sentido común. Ya era tarde. Gerta Heilan no necesitaba ya ninguna ayuda humana.

CAPÍTULO III

Fox Derek había visto a bastantes personas muertas, para no ver que su exesposa carecía ya del menor aliento vital. Sacar su cadáver le traería complicaciones con la policía, puesto que esta desearía encontrar el cuerpo tal como lo dejó el asesino…

—Asesino… —murmuró Derek, pensativo.

La flecha tenía que haber salido de cualquier sitio. Dirigida por una mano humana. El arquero debía seguir entre aquellas paredes.

Echó una mirada en torno. Nada se movía. En voz alta, murmuró:

—Tenía la flecha en su espalda.

O sea, que la habían disparado mientras ella se disponía a zambullirse.

Lo cual significaba que la flecha había procedido del final del patio, de la dirección en que había venido él mismo. Corrió hacia la jungla artificial.

No pensó que el arco asesino podía disparar otras flechas. Y que él presentaba un buen blanco. No llevaba revólver. Y de momento, sólo tenía la obsesión de comprobar que sus deducciones eran ciertas.

Encontró el arco.

Tropezó con él, apenas abandonada la zona de césped. Era un largo arco, y estaba reclinado contra el tronco de una palmera, en el sitio más cercano a la palanca.

Derek alargó la mano, pero se reprimió a tiempo. Huellas digitales. Oyó un rumor. Él de una puerta cerrándose suavemente al final del jardín.

Alguien se iba. Corriendo, llamó Derek puerilmente:

—¡Ey, deténgase!

Ya era tarde. Cuando llegó al muro, la puerta estaba cerrada, y a distancia se oía el ruido de suelas corriendo en precipitada fuga.

No cabía la persecución. Estaba descalzo, y las llaves de contacto de su coche estaban en la chaqueta, junto a la piscina.

Escaló el muro, y, a una manzana de distancia, un farol desparramaba su luz. Por cuyo resplandor pasaron las piernas de un hombre, corriendo velozmente.

La parte superior del fugitivo estaba sombreada por las ramas colgantes de un pimentero. Se hallaba Derek demasiado lejos y la visión fue demasiado breve, para que ni siquiera pudiera estar seguro del color de los pantalones.

Casi al instante, oyó el peculiar ruido de un motor embalando, y el coche partiendo a toda velocidad. Imprecó Derek. El asesino ya estaba a salvo.

Saltó al interior, fruncido el ceño. Le dolía un talón, pero lo olvidó apenas alcanzaba la zona iluminada de la piscina.

Allí estaba la señora Carson, madre del financiero. En la cabina central, amplia, y con un teléfono al oído. Pudo escuchar Derek perfectamente:

—Sí, asesinada. No cabe la menor duda. Vengan enseguida.

Viendo aproximarse a Derek, no cambió su arrogante expresión ni se alteró su voz.

Tendió la diestra como un esgrimista.

Era un punzón para repujar en cuero. De unos diez centímetros de largo y muy sólido. En torno al cuello, la señora Carson llevaba varias tirillas de cuero. Eso hacía mirando la televisión: coser en cuero con aquella lezna peligrosa. Y ahora añadía al teléfono:

—Creo que aquí está el asesino. Lo retendré mientras llegan. Y colgando, miró fijamente a Derek.

—¿Puedo sentarme, señora? Me duelen los pies.

—No faltaría más —dijo ella, cortésmente—. Pero le advierto que soy fuerte y cuando grito lo hago de modo que se enteran los vecinos más lejanos.

—No lo dudo, señora.

Sentándose, contempló Derek a la señora Carson. Tenía el cabello cenizoso, pero por lo demás, era juvenil. Su rostro era terso, de ojos grises. Vestía una blusa y pantalones negros, sujetos con un ancho cinto de cuero repujado. Parecía muy joven para tener un

hijo de la edad de Ogden Carson.

—Por cierto, señora Carson, me llamo Fox Derek…

—Ya que sabe quién soy, sobran las presentaciones.

Sostenía ella su punzón en actitud agresiva y vigilante. Derek se inclinó para anudarse los zapatos.

—¿Por qué mató usted a Gerta? Señaló Derek la licorera:

—Porque no quiso dejarme beber vermut. Vamos, señora, por favor, descanse. No la maté a ella, ni pienso tampoco matarla a usted.

—Usted quédese sentado y nada de trucos.

Encogió Derek los hombros. Y cruzándose de brazos, esperó. Primero se oyó el clásico lamento de la sirena de los coches-patrulla. Después, entraron dos policías de uniforme.

Les seguía un grupo de individuos de paisano. Brigada Criminal. Y por último, llegó el propio capitán Gunar.

Un asesinato en la persona de la esposa de Ogden Carson era lo bastante importante para sacar al jefe de la Brigada de Homicidios de su poltrona. Pensó Derek que el siguiente visitante sería el propio fiscal.

Pero fue el forense, junto con el personal de laboratorio, fotógrafos y huellas. En veinte minutos, la quieta mansión Carson parecía una fábrica. Salvo que no se veía el producto manufacturado.

Y en aquellos veinte minutos, Fox Derek había repetido dos veces su relato, por escala de jerarquías.

Estaba empezando a preocuparse, porque conocía bien a la policía.

Ninguno le había dicho nada ni le había acusado. Todos muy corteses, demasiado corteses. ¿Iban también ellos a reaccionar como la señora Carson?

Y fue con este estado de ánimo que llegó al último peldaño de la jerarquía: el capitán Lewis Gunar.

Gunar estaba en la cabina central, fumando plácidamente, mientras observaba los esfuerzos de sus subordinados para extraer el cuerpo de Gerta.

Tenían dificultades, porque el flechazo había vaciado el aire de los pulmones y el cuerpo yacía muy desmadejado.

—Hola, Derek —saludó el capitán Gunar, amablemente.

Era un hombrón con rostro afable y cabello gris. Derek le conocía poco, aunque sí mucho por su reputación. Gunar tenía fama de ser un cazador de delincuentes muy eficaz, con más de veinte años de experiencia en el oficio.

—¿Qué puede contarme de todo esto, Derek?

—Casi todo, menos quién la mató. —Y repitió su relato—. Fui contratado por Ogden Carson para investigar las actividades de su esposa. La seguí esta tarde. Ella debió darse cuenta. Y estaba merodeando por aquí, cuando ella me invitó a beber una copa. Mientras estaba yo de espaldas, alguien le disparó la flecha. Llegué al muro, a tiempo para ver unas piernas corriendo, girando la esquina, y nada más.

Relatado de aquella manera, al propio Derek le pareció ilógico. Pero Gunar no exteriorizó ningún escepticismo:

—¿Sabía ella que usted estaba contratado para seguirla?

—Se lo dije.

—¿Cómo?

—Es que resulta que Gerta y yo estuvimos casados. Por eso consideré que no debía seguir la investigación.

—Ya… —Y se rascó Gunar el mentón reflexivamente—. Me suena a extraño. Un hombre alquila al exmarido de su esposa para seguirla. No me suena a razonable ni humano.

—Tal vez haya una respuesta. Cuando supe quién era la esposa de Carson, pensé que se trataba de una de esas coincidencias que tiene la existencia más normal. Pero ahora ya no estoy tan seguro.

—¿Por qué no?

—Mientras estaba siguiendo a Gerta esta tarde, tuve la sensación de que alguien me acechaba. Tal vez me acechaban, para comprobar que yo cumplía con mi misión. Y deduzco que es posible que me eligieran para este trabajo, con premeditación. Fui contratado para estar en la escena del crimen, por alguien que sabía que iba a cometerse el asesinato.

—Está usted señalando a Carson… Bien, no deja de ser una teoría. Y llamó a un policía:

—¡Busque a la señora Carson!

El policía, confundido, miró hacia la piscina. Gruñó Gunar:

—¡La señora Joyce Carson, la suegra del cadáver! Ya sé dónde está el cadáver, hombre. Los fotógrafos iban sacando placas.

Preguntó Gunar:

—¿Usted no la apreciaba, verdad, Derek?

—Por ahora no he visto nunca un divorcio amistoso.

—¿Y ella le apreciaba?

—Lo mismo que yo a ella.

Saludó Gunar a Joyce Carson, con leve inclinación de busto:

—Señora Carson, el señor Derek afirma que fue contratado por su hijo de usted esta mañana en la urbanización de Ceddar Sea. Es un detective privado y asegura que su hijo de usted quería que siguiera los pasos de Gerta.

—Eso es totalmente imposible —replicó ella, asestando una ojeada hostil a Derek—. Mi hijo Ogden está en Los Ángeles. Y de todos modos, no alquilaría un detective. Sólo sugerirlo es ridículo.

—No está en Los Ángeles, señora —rebatió Derek—. Lo pretende, pero está aquí.

—Es fácil de comprobar —aseguró Gunar, y llamó al uniformado oficial—. Telefonee a Los Ángeles, al hotel en que se aloja el señor Carson.

Se fue el oficial y añadió Gunar:

—Señora Carson, usted dice que sólo la idea de que su hijo contrate a un detective para seguir los pasos de su esposa, es ridícula. ¿Por qué?

—Porque Gerta no daba el menor motivo a sospechas.

—¿Era, pues, un matrimonio feliz, sin discusiones? Titubeó ella:

—Lo supongo. Aunque no existe matrimonio que no tenga sus pequeñas discusiones. De todos modos, sobran estas preguntas, capitán, puesto que ya ha encontrado al asesino.

—Son preguntas de rutina —aseguró Gunar—. ¿Tenía ella enemigos?

—Absolutamente ninguno —afirmó Joyce Carson, rotundamente. Señalando hacia la piscina, comentó Derek:

—Entonces, sus amigos eran muy originales. Porque ella llevaba un cuchillo de caza en el bolsillo del chaquetón. Lo sé porque me lo enseñó. Y no creo que éste sea un objeto que lleven las mujeres por adorno.

—Gerta no tensa enemigos —dijo Joyce, tajante—. Excepto usted.

—De todos modos, no la veo llorar por su nuera, señora Carson

—observó Derek.

No pudo replicar Joyce, porque llegaba el oficial que Gunar había enviado a telefonear.

Informó a Gunar en voz baja, y volvió a marcharse.

—Ogden Carson está inscrito en el registro del «Ambassador», desde ayer —dijo el capitán.

—¿Lo ve? —Triunfó Joyce—. ¿Qué le dije?

—¿Su oficial habló con Carson personalmente? —quiso saber Derek.

—No, pero para eso ha vuelto al teléfono. ¿Alguna otra idea, Derek?

—Me interesaría saber quién por aquí sabe cómo manejar un arco y flechas.

—En esta casa, la única que manejaba el arco era la propia Gerta —aclaró la señora Carson—. Lo aprendió en el colegio. ¿Y usted, detective?

—Yo sólo juego al *ping-pong*. No diferenciaría en una flecha un extremo del otro.

Quien le disparó el flechazo a Gerta, sabía manejar el arco.

—Suponiendo que le disparasen —comentó Gunar—. Aunque se haya encontrado un arco, esto no presupone que fuera empleado. Una flecha puede clavarse como un puñal. O sea, que no sabría diferenciar un extremo de otro en una flecha. ¿Verdad, Derek?

—No, si soy tan torpe como usted se imagina, capitán.

—Se lo explicaré. En un extremo, la flecha tiene plumas. En el otro, una punta de acero.

—Y a todo eso, ¿qué hay del hombre que vi huir?

—Hay una orden de captura de un hombre con piernas, conduciendo un coche de marca ignorada y aspecto desconocido —comentó Gunar, afable—. Pero ¿cómo cree usted que podrá la policía capturarle si usted no pudo?

Sacaban ya el cuerpo de Gerta a la superficie. La señora Carson, empalideciendo, murmuró:

—Si no me necesita más, capitán, yo… —Y se fue apresuradamente hacia la casa.

—Echemos un vistazo —dijo Gunar. No era una invitación, sino una orden.

El forense estaba, ya inspeccionando. Ya no cabía rencor, pensó Derek. Si llegó a odiar a Gerta por su egoísmo, su cálculo y su falta de escrúpulos, ahora sentía compasión. Había sido una mujer bonita, ávida de vivir.

La muerte daba una placidez al rostro, que en vida no había tenido. El forense se incorporó, diciéndole a Gunar:

—Si lo que está esperando oír es el certificar que está muerta, ya lo ha oído. —Y mirando a Derek, inquirió—: ¿Éste es el fulano que hizo la faena? —Puede. Deme su informe a primera hora de la madrugada, ¿quiere? Vámonos, Derek.

Cruzaron dos enfermeros llevando una camilla. Preguntó Derek:

—¿A dónde me lleva, Gunar? ¿Empaquetado? —Yo voy a exponerle las cosas tal como lucen.

—Y encendió Gunar un pitillo con la colilla del recién fumado. —Usted admite que no existía el menor sentimiento amistoso entre usted y su ex. Admite que vino reptando por encima del muro, esta noche. Lo que sabemos es que después ella está muerta, y que usted miraba a otra parte. Hay un arco y una flecha. Total: le tenemos a usted presente, con acceso a las armas y oportunidad de emplearlas.

—¿Móvil?

—Un antiguo rencor, una discusión violenta, chantaje… Todo son posibilidades. ¿Y qué tiene usted a su favor?

—Mi palabra y este papel.

Sacó Derek de su cartera la ficha que Carson había firmado. La escrutó Gunar, y dijo Derek:

—Puede pensar que la he falsificado, pero déjeme preguntarle una cosa, capitán: ¿Ha conocido usted a muchos asesinos que esperan a la policía cuando tienen ocasión sobradaˆ de largarse sin ser vistos?

—Admito que no, y éste es el único motivo por el que no está usted luciendo esposas y metido en la nevera bajo interrogatorio apretado.

—Le juro que yo no maté a Gerta. No le miento.

—Ya lo sabremos y pronto —afirmó Gunar, guardándose la ficha —. Queda advertido. No sale de la ciudad, y está a mano, ya que… —Y sonrió— es usted el testigo principal.

—A su entera disposición. Buenas noches, capitán.

La camilla era llevada hacia la ambulancia. La siguió Derek en

su coche, no por motivos sentimentales, sino porque su piso estaba en la misma dirección. Finalmente, dobló una esquina, yendo a su piso.

Gerta Heilan fue trasladada a la Morgue.

CAPÍTULO IV

Por la mañana, en su despacho, leyó la Prensa. El asesinato de Gerta Carson dominaba la primera plana. Un subtítulo preocupó a Derek: «La policía interroga al exmarido».

El reportaje señalaba a Derek calificándole de «patrón de una agencia importante detectivesca». Gruñó Derek. Era patrón de una agencia importante, al igual que un hombre en un bote era capitán de barco.

Las fotos de Gerta la presentaban muy atractiva. Fue a la ventana, abriéndola, para contemplar el tráfico. Desde aquel sexto pisa, la altura no bastaba a refrescar la atmósfera.

Pensaba que alguien había intentado complicarle.

De pronto, algo cilíndrico y duro se hincó en su espalda. Y a sus oídos, la voz de Gerta dijo:

—¿Prefieres una bala, o saltar por la ventana?

Durante un breve instante, Fox Derek permaneció como helado, sin saber qué era lo más impresionante: si el revólver presionando su espina dorsal o la voz de la difunta en sus oídos.

Reaccionó físicamente, como había aprendido en el ejército. En un movimiento rápido, su codo izquierdo apartó el brazo armado, y siguiendo el giro, su puño derecho chocó con la mandíbula femenina.

Mujer y revólver cayeron al suelo, pero en distintas direcciones. El revólver fue lo primero que recogió Derek, guardándolo en el bolsillo.

Estaba ya calmado, porque sus nudillos habían chocado con una barbilla de carne viva, no en la de un fantasma.

Y sin embargo, al mirar, se estremeció. La mujer se sentaba en el suelo contra el despacho, sosteniéndose la barbilla entre las manos,

y mirando a Derek con ojos rencorosos.

Los ojos de Gerta, fríos y azules. Mirándole desde el rostro de Gerta. Hasta el cuerpo era como el de Gerta. Esbelto y espléndidamente incurvado.

Sólo había una diferencia.

En vez de rubia, aquella mujer tenía el cabello intensamente, negro, y… estaba viva.

—¿Quién es usted? —preguntó Derek, tendiendo la mano para— ayudarla. Poniéndose en pie, replicó ella, retrocediendo:

—¡No me toque!

—Lamento haberla golpeado.

La barbilla se hinchaba levemente. Ella se miraba una larga carrera en la media, y dijo agudamente:

—Es usted muy valiente. ¡Pegarle a una mujer!

—No me traía usted flores, sino que me hincó un revólver.

—¡Deme mi revólver!

—Primero, hablemos. Pregunta número uno:

¿Quién diablos es usted?

—Hedda Heilan.

—¿Hermana de Gerta?

—Naturalmente.

—Gerta no tenía hermanas. Y menos una gemela. Bueno, al menos no me lo dijo.

—Gerta no le decía a nadie muchas cosas.

—Cierto.

Cogió Derek un periódico. La foto de la muerta, en su tonalidad impresa, daba un gran parecido con la visitante, ya que no se veían los rubios cabellos. Y aun morena, Hedda era una perfecta reproducción de su hermana hasta en modales y voz.

—Me pegó usted el susto padre, Hedda.

—¡Claro! Usted que la mató…

—¡Alto! No sé a qué vino, pero no prosiga en su error.

—Vine a matarle. —Y con absoluta incongruencia, pidió—: ¿Tiene usted un cigarrillo?

—Sírvase. —Y señaló Derek la caja sobre la mesa—. No quiero parecerle muy cerrado de mollera, ¿pero por qué quiere acabar conmigo?

—Usted podrá engañar a la policía, pero a mí no. Porque sé la

verdad.

—Si conoce la verdad, entonces sabe que no maté a Gerta. No Crea lo que dice la Prensa.

—No es la Prensa. Me lo dijo la propia Gerta. Respingó Derek, y añadió Hedda:

—Quiero decir, que ayer me telefoneó Gerta desde la ciudad, contándome que usted la seguía y que tenía miedo.

—Escúcheme. Es verdad que yo la seguía, y es verdad que ella telefoneó. Pero lo demás es falso. Yo no maté a Gerta.

—Entonces, ¿quién fue?

—No lo sé. Ni nadie.

—Yo, sí. —Y con su costumbre súbita de cambiar de tema, añadió—: Está mejor en persona que en foto. Comprendo que Gerta se enamorase de usted.

—Vamos a charlar llanamente, Hedda, aquí o en la Comisaría. Como quiera. Le puede contar a Gunar lo referente a la llamada telefónica de Gerta y yo le diré a Gunar que usted intentó pegarme un tiro. Tal vez nos den celdas vecinas.

Ella le miraba reflexivamente. Dijo, por fin:

—No me asusta usted, Derek.

—Ni hay razón.



—¿Prefieres una bala o saltar por la ventana?

—Pero no creo una sola palabra de lo que me dice.

—Es mutuo, tal vez. Considero muy raro eso de que se asome usted con propósitos sanguinarios para vengar a una hermana, la cual ni siquiera admitió que usted existiese.

—No lo comprendería.

—Intente. Soy fácil de convencer.

—Yo quería a Gerta y ella también me quería. No puede usted saber lo que sienten dos gemelas. Y tanto ella como yo estábamos hartas de ser siempre las «gemelas Heilan». Íbamos al mismo colegio, vestíamos la misma ropa, no teníamos vida propia.

—¿Dónde estaba usted anoche?

Frunció ella el ceño, y después sonrió fríamente:

—No, Derek, no se equivoque… Hace tiempo que acabó nuestro complejo de gemelas. Exactamente siete años, cuando murieron nuestros padres en un accidente de aviación, y ya no había nadie que nos obligara a vivir juntas. Hicimos un pacto y lo cumplimos. Echamos cara o cruz quién se teñía el cabello, y fui yo, como puede ver. Dejamos el colegio y nos fuimos cada una por nuestro lado. Pero no significaba una separación completa. A veces venía a verme Gerta. Yo soy soltera. No podía visitarla a ella, ya que estaba casada, primero con usted, y después…

—¿Está segura que Carson no sabe esto de las gemelas?

—No lo creo. Gerta no se lo dijo, y ni siquiera me telefoneaba a mí, desde su casa.

—Todavía no me ha dicho dónde estaba anoche.

—Trabajando en mí negocio. —Y del bolso extrajo una tarjeta que tendió. En una esquina estaba su nombre. En el centro decía: «Su Silueta. Belleza por la Salud». La dirección era la de un barrio de las afueras—. Soy la dueña.

—Guardo la tarjeta, por si necesito algún día un tratamiento de mi silueta.

—Me agradaría atenderle, pero sólo recibimos mujeres. ¿Quiere devolverme mi revólver?

—Me dolería tener que sacudirle otra vez, Hedda.

—¡No volverá a hacerlo! Si cree que puede abusar, tengo un socio que le puede manejar a usted, con una mano atada a la espalda. Mejor que me devuelva el revólver, porque es de mi socio.

—Si es tan fuerte, ¿para qué necesita un revólver su socio? —Y abriendo un cajón, depositó Derek el revólver, cerrando—. No tendré que maltratarla más, porque usted no me obligará a ello. Yo no maté a su hermana. Ogden Carson me contrató para seguirla, y cuando supe que era Gerta, me dispuse a desistir. Pero ya no puede ser, porque estoy metido en el asunto hasta las cejas y tengo que protegerme yo y mi buena fama.

Rió ella desdeñosa. Añadió Derek:

—Si está tan ansiosa de hincarle las uñas a quien mató a Gerta, es preferible que se calme y emplee el cerebro. Yo prefiero ayudarla que golpearla, créame.

—No quiero su ayuda. Quiero lo que es mío. Mi revólver.

—Lo siento. Hoy, no.

—No es el único revólver que hay en el mundo.

—Siento que me sea hostil, y más recordándome tanto a Gerta. Si cambia de idea… Tintineó el teléfono. Contestó Derek. Era el capitán Gunar:

—Ogden Carson acaba de regresar de Los Ángeles.

—Eso dirá él, pero no estuvo en Los Ángeles.

—Acaba de regresar de Los Ángeles —repitió pacientemente Gunar—. Está en un aprieto, Derek. Carson dice que ni siquiera le conoce.

—Voy allá pitando.

—Eso es lo que iba a sugerirle.

—No tardo ni diez minutos.

Colgando, vio que Hedda le estaba acechando.

—Era la policía. Parece que hay lío. La veré otra vez, Hedda.

Sólo pensaba en la nueva complicación, y cogiendo su sombrero, abandonó el despacho. A medio pasillo, volvió atrás.

Hedda estaba manipulando en el cajón cerrado, empleando un cortapapeles. Al verle entrar, le arrojó el cortapapeles. Se agachó Derek, suspirando:

—Igualita que su hermana.

La cogió por una muñeca llevándola fuera, y cerró la puerta. Bajaron juntos en el ascensor, sin hablarse. Y en la acera, partieron en opuesta dirección, sin despedirse.

Lewis Gunar, en su despacho, charlaba con dos hombres más jóvenes, seguramente subordinados suyos. Callaron al entrar Derek. La joven taquígrafa, sentada en una esquina, al ver a Derek, alisó la página virgen del bloc…

Gunar, sentado en una esquina de la mesa, señaló una silla con el pie:

—Estábamos precisamente hablando de usted, Derek. Había opiniones sobre si usted vendría o no.

—Pues aquí estoy, ya que deseo tanto como usted llegar al

esclarecimiento de este lío. Uno de los presentes, de rostro flaco y pelirrojo rizado, emitió una risita sarcástica.

Gunar siguió ostentando expresión afable:

—A eso vamos. Cómo le telefoneé, Ogden Carson ha regresado de Los Ángeles y afirma que no le contrató, Derek.

—La ficha que firmó dice otra cosa. ¿Dónde está Carson?

—Afirma que nunca puso su rúbrica en la ficha. Dice que ni siquiera le vio a usted.

—Pues miente como un verraco. Traiga a Carson y presencia el careo. Así demostraré quién dice la verdad y quién miente.

—No será necesario. —Y volviéndose hacia el pelirrojo que había reído, inquirió Gunar—: ¿Persiste en lo declarado, señor Carson?

—Persisto —aseguró el pelirrojo—. Nunca he visto a este hombre hasta ahora. Y es evidente que él tampoco me había visto hasta ahora.

Contempló Derek con asombro al pelirrojo, y tartamudeó un poco:

—Pero ¿qué diablos pasa aquí? Este tipo no es Carson. Nunca lo he visto hasta ahora.

—Ésa es la primera verdad que dice —sonrió Ogden Carson.

CAPÍTULO V

—¡Pero si no es Carson! Carson es más viejo, tiene el cabello gris… Rebatió Carson:

—No sé cómo se empeña en insistir en su historia.

Era mucho más joven que el desconocido que había suplantado su identidad. Su rostro bronceado estaba algo demacrado como si no hubiera dormido en toda la noche. Sus verdes ojos eran hostiles y estaban estriados de sangre. Añadió:

—Debe estar loco.

—No estoy loco. Sólo he sido un estúpido. Debí imaginarme que el falso Carson… Bien, ¿qué sucede ahora, capitán?

—Depende. Primero expondré hechos para ahorrar tiempo. Como ahora ya sabe, este caballero es Orgen Carson, el único y legítimo Carson. Ayer por la mañana, no sólo no estaba en Ceddar Sea, sino que se hallaba a mil millas de distancia. Comprobado, en Los Ángeles. Y los muchachos del laboratorio dicen que la firma que está en la ficha no *es* la suya.

—Yo no la falsifiqué.

—De momento, el laboratorio estudia su letra, Derek, examinándola en su petición de licencia. Si se averigua que falsificó usted esa firma, ya no quedarán dudas.

—No cabe la menor duda —intervino Carson—. ¿Qué más necesita, salvo su confesión, capitán? Gerta está muerta. ¡Quiero acción, no teorías!

—Puedo comprenderle, señor Carson, pero para detener a un hombre acusándole de asesinato, hay que disponer de pruebas. Es —como para construir una de sus casas. Los cimientos han de ser sólidos, o la casa se viene abajo.

—Pero si este hombre es culpable…

—Ésta es la cuestión. ¿Qué dice, Derek? —indagó Gunar.

—Creo que lo que urge es encontrar al que se hizo pasar por Carson.

—Si existe tal sujeto —sonrió Gunar.

—Existe.

Y lo describió detalladamente. Altura, peso, rasgos faciales, color de ojos, color y corte del cabello. Imitó el tono de voz. Describió la canadiense, el sombrero, traje, camisa y corbata.

—Bien, la descripción es clara, al menos —admitió Gunar.

—Pudo ser este impostor el que vi huyendo después del crimen.

—Puede. Dígame, ¿cómo llegó a Ceddar el falso Carson?

—Me dijo que en taxi, pero pudo venir por otro medio. —Y contemplando a Carson, añadió Derek—: Naturalmente, es una tontería pensar que el legítimo y presente Carson contratase a uno para suplantarle.

—Es una tontería —afirmó Gunar. Y volviéndose al otro policía, pidió—: Vea si encuentra algo en el archivo. —Y al salir el policía, miró Gunar a Carson—: La descripción, ¿le sugiere algo?

—No conozco a nadie con este aspecto, ni tampoco Gerta.

—Esto no puede usted afirmarlo —reconvino Derek—. Por lo que anoche pude sacar en claro, Gerta ni siquiera le dijo a usted que yo fui su primer marido.

—No veo a qué viene esto —gruñó Carson.

—Estoy tratando simplemente de demostrarle que puede existir el hombre que he descrito, y Gerta pudo conocerle, sin que usted lo supiera. Trate de ponerse en mi lugar. Hay un hombre que finge ser usted, y que me contrata para seguir a su esposa. ¿No es lógico suponer que estaba relacionado con la familia Carson? Posiblemente con Gerta. No proteste, Carson. En realidad, ¿qué sabía usted de Gerta? Ni siquiera que había estado ya casada. Y apuesto a que tampoco sabe que tiene una hermana gemela.

—¿De qué demonios habla, hombre? —protestó Carson—. Gerta no tenía familia. Sus padres murieron y…

—Su hermana estaba en mi despacho cuando usted telefoneó, Gunar. Se llama Hedda… Hedda Heilan. —Y tendió la tarjeta comercial—. No digo que esto tenga gran importancia, excepto como parte del panorama. Gerta escondía secretos, y afirmo que uno de sus secretos es el móvil por el que fue asesinada.

Apartando la vista de la tarjeta, murmuró Carson, asombrado:

—No sé qué decir… Heilan era el nombre de soltera de Gerta, sí, pero ella nunca me dijo que tuviera una hermana.

—Lo comprobaremos —dijo Gunar, guardándose la tarjeta—. Estaba hablando con bastante fundamento, Derek. Prosiga.

—Usted quiere pruebas, y no las tengo. Pero si Gerta podía tener un exesposo y una hermana gemela, muy en secreto, ¿por qué no podía tener también un enemigo? No me pregunté quién, ya que hace tres años que yo no la veía. Pregunte a la gente que la conocía mejor. Por ejemplo, su secretaria, Luana Müller. ¿Dónde estaba ella anoche?

—Buena pregunta —admitió Gunar. Y mirando a la taquígrafa, preguntó Gunar—: ¿Dónde estaba usted anoche, señorita Müller?

—Fui al cine —replicó Luana Müller, sin alzar la vista del bloc. Fox Derek contempló algo rencorosamente al capitán:

—Vaya, hombre… Está usted repleto de sorpresas.

No había prestado mucha atención a la que creía taquígrafa policial.

Luana Müller era pequeña y rolliza. Bonita como una muñeca de cera. De cabello castaño, y sonrisa fija, que no ascendía a los ojos, pardos y algo vidriosos, delatando la existencia de lentes de contactos.

—El señor Carson trajo consigo a la señorita Müller.

—Porque me gusta tener por escrito lo que se diga —comentó Carson—. La señorita Müller me acompaña siempre como secretaria.

—Pero no fue con usted a Los Ángeles —rebatió Derek—. Anoche estaba usted en la casa, señorita Müller. ¿Por qué?

Plácidamente, contestó ella:

—El señor Carson es quien tiene derecho a hacerme preguntas.

—Pensé que necesitaba un descanso —manifestó Carson—. Últimamente, la señorita Müller ha trabajado mucho en la documentación referente a la urbanización de Ceddar.

—Si anoche fue al cine, tendrá la entrada. ¿Le importa mirar en su bolso? —pidió Derek.

—No tengo entrada, porque era una sesión gratis, en el museo. —Y mientras hablaba, su lápiz anotaba taquigráficamente—. Era un documental sobre alfarería peruana. Voy con frecuencia. El señor

Carson forma parte de la directiva del museo.

El teléfono llamó, y Gunar se aplicó el auricular. Apenas colgó, Carson pidió:

—¿Puedo irme? Le he dicho cuanto sé y no dormí mucho esta noche.

—No hay motivo para retenerle ni a usted ni a su secretaria por más tiempo. Habrá la consabida encuesta, naturalmente, pero dentro de un par de días.

—Gracias.

Y mirando a su secretaria, ésta se levantó cerrando el bloc. Salieron ambos.

Comentó Gunar:

—Parece un excelente muchacho. Está muy afectado.

—Se consolará. Hay montañas de mujeres deseosas de consolar a un millonario.

—Lo malo con usted, Derek, es que es usted un cínico.

—¿Puedo irme?

—¿Por qué no? —Y rió Gunar—. Puede que le deje suelto para vigilarle, o puede que acaben de telefonearme desde el laboratorio diciéndome que usted no firmó la ficha.

—O puede que me deje suelto, porque sabe que yo no la maté.

—Yo no sé nada. Cuando sepa, ya se lo diré.

Se apresuró Derek a abandonar la Comisaría. Por dos razones: por si se arrepentía Gunar y porque quería volver a ver a Carson.

Le dio alcance cuando iba a entrar en su coche: un «Buick» Caravan. Se volvió Carson, y al verlo frunció el ceño:

—¿Qué hace usted aquí? Yo pensaba que…

—No me he escapado de la celda, si es lo que quiere decir. Gunar me da cuerda. Escuche, señor Carson. Sea lo que sea lo que piense, yo no maté a Gerta. Deseo tanto o más que usted hallar quien la mató. Necesito un cliente para darme el pretexto de investigar y he pensado que tal vez usted.

—¡Desvaría usted! No quiero tener la menor relación con usted, excepto la de verle donde debe estar. Espero que la policía sabe lo que se hace. Y ahora, fuera de mi camino.

Fox Derek alzó los hombros, viendo alejarse el coche… No podía aspirar a la simpatía del viudo.

* * *

Desde fuera «Su Silueta. Belleza por la Salud», era tan discreto como el consultorio de un médico. La antesala tenía una mullida alfombra, sillas, y un discreto perfume. No había clientes esperando.

Derek examinó las revistas sobre la mesita. La mayor parte estaban dirigidas a Hedda Heilan, pero había dos suscripciones a nombre de Cliff Holden.

Debía ser el socio que había mencionado Hedda. Viendo que no acudía nadie, entró Derek en un pasillo que formaba dos ramales, con hileras de puertas cerradas.

Se oía la voz de un hombre contando rítmicamente. Al extremo del corredor había una amplia estancia. El gimnasio.

Mujeres de mediana edad y sobrantes de carnes, se movían bajo el mando de un Apolo en calzón de baño.

Dio Derek media vuelta, llamando suavemente ante cada puerta al ir pasando. A mitad de su recorrido, la voz de Hedda le invitó a entrar.

Por las paredes colgaban diagramas de calorías, vitaminas, dietas y siluetas «antes y después». Hedda era la mejor propaganda de la casa, pensó Derek. Helados los ojos, inquirió ella:

—¿Cómo ha entrado?

—Como es costumbre.

—Bien, no dé un portazo al salir. Cerrando la puerta por dentro, dijo Derek:

—Puede que haya venido en consulta de un plan de dieta.

—No le gustaría lo que yo le recetaría.

Vestía una blusa blanca y falda azul. Crispó las manos en puños:

—Usted me echó de su despacho esta mañana. Ahora me toca a mí. Fuera.

—Pero yo primero la escuché, juegue lealmente ahora. Repentinamente, abofeteó ella la mejilla izquierda de Derek, y dijo:

—Así me recibió usted.

La primera reacción de Derek fue devolver el bofetón. Se contuvo, retrocedió un paso y dijo:

—Me apuesto que el papel tropical de la decoración fue idea suya. Ella había esperado una reacción violenta. Asombrada inquirió:

—¿Qué tiene que ver el papel tropical?

—Es su sistema de vivir. La ley de la jungla.

—Pues no lo olvide. Pago mis deudas. Pero no crea que con un solo bofetón, quedamos saldados. Queda lo de Gerta.

—Veo que es usted difícil de convencer.

—Pierde el tiempo.

—He venido a convencerme de que usted existe, porque últimamente he tenido molestias por culpa de gente que decía ser quien no era.

Sentándose tras su mesa, dijo ella:

—Me interesa muy poco lo que pueda usted decir.

—Pero le interesará saber que no soy quien dije que era. Carson no me contrató para seguir a Gerta. Si piensa llamar a la policía, no se fatigue. Ya están enterados.

—¿Qué intenta demostrar confesando que es un embustero, Derek?

—No dije esto. Pienso que poniendo las cartas boca arriba, podemos ayudarnos. Usted es la que más cosas debe saber de Gerta.

—Pregunte.

—El hombre que dijo llamarse Ogden Carson era así —y describió Derek al desconocido impostor—. Pienso que tal vez éste sea el que mató a Gerta. Y también el mismo que cuando iniciamos Gerta y yo nuestro proceso de divorcio, le enviaba joyas.

—Miente usted más que habla, Derek. Yo creo que no existe tal hombre, sino que lo inventa usted para cubrir sus propias huellas.

Suspirando se sentó Derek en el sillón.

—Su creencia no es original, Hedda, porque ya piensa así la policía.

—Puede irse. Tengo una clase que atender. Llamaron a la puerta. Levantándose, invitó Hedda:

—¡Adelante!

Se levantó también Derek. El que entraba era el instructor musculoso.

—Las muchachas están ya esperándote, Hedda… Oh, perdón, no sabía que había una visita.

—Voy enseguida, Cliff. El señor Derek se iba.

—¿Derek? —Gruñó Cliff Holden—. ¿Es éste el tipo que te ha molestado?

Era joven. Unos veinticinco años. Con un rostro impasible, poco inteligente, como si los músculos le hubiesen crecido en detrimento del seso. Parecía una foto de atleta completo.

—Y me molesta —aseguró Hedda.

—Vaya, vaya… —Y Holden miró hostilmente a Derek—. Tengo entendido que me birló usted mi revólver, compadre.

—Digamos que lo he retenido en custodia.

No le alarmaba a Derek el desarrollo muscular del socio de Hedda, sino lo que sostenía entre las manos. Un largo cuchillo curvado. Arrojadizo, luciendo incrustaciones polinésicas en su mango.

Cliff Holden manipulaba el cuchillo echándoselo de una a otra palma, sin dejar de mirar a Derek. Y dijo:

—Quiero mi revólver, compadre.

—Con sus músculos no necesita usted revólver para protegerse —sonrió Derek—. Y menos un cuchillo. ¿Me permite verlo, Cliff?

Cliff Holden pareció asombrado del cambio de tema. Después hizo una mueca maligna:

—¡Cójalo!

Y lo lanzó. Sin mucha fuerza, pero Derek se vio obligado a agacharse. El cuchillo vibró hincándose en el brazo del sillón de cuero. Cliff Holden rió divertido.

—Cliff, debes tener más cuidado —dijo Hedda, burlona—. Pudiste hacerle pupa.

¿Piensa añadir esto a su colección, Derek?

—No es como los que busco. Me interesan sólo los cuchillos de caza, de la clase con que jugaba Gerta poco antes de ser asesinada.

Había arrugas en la frente de Holden tratando de seguir la conversación al preguntar:

—¿De qué habla, Hedda?

—De nada importante, Cliff. Hazme un favor, ¿quieres? Empieza la clase hasta que vaya yo.

Cliff Holden se dirigió dócilmente a la puerta. No le quedó duda a Derek sobre quién mandaba. La bella y la bestia, pensó.

Ya en la puerta se volvió Holden, inquiriendo:

—¿Seguro que he de irme?

La musculatura de su espalda estaba afeada por una cicatriz en su hombro derecho.

Insistió:

—Si quieres lo tiro por la ventana.

—Gracias, Cliff. No hace falta.

Salió Holden echando una última mirada celosa a Derek. Comentó ella:

—Puede darme las gracias por salvarle de unas fracturas. Cliff puede romperle en pedacitos.

—Pero la cicatriz que luce no se la hizo plantando cara, sino dando la retaguardia.

—Estuvo en la guerra. Tiene una medalla. Usted siempre piensa lo peor de la gente.

—Porque la gente me presenta lo peor. Escuche, Hedda, tengo que hacerle una proposición.

—Sea cual sea, mi respuesta es no —y descorrió ella la cremallera lateral de su falda, que dejó sobre un sillón. Llevaba «*shorts*» blancos—. Estoy atareada. Mi clase espera.

—Mi proposición es que me contrate usted para investigar la muerte de su hermana.

—¿Y por qué yo precisamente?

—Existe un motivo muy lógico. Esta mañana…

Llamó el teléfono, y ella oyendo, frunció el ceño. Después dijo:

—Sí, esta tarde me viene bien. Seguro. Estaré allí —y colgó.

—Lo que yo iba a decir… —empezó a decir Derek. Pero ella le atajó casi escupiendo las palabras:

—¿Sabe quién acaba de llamarme? ¡La policía! ¡Lo saben ya! ¿Quién se lo dijo?

¿Usted?

—Naturalmente.

—¡Usted no tenía derecho! Era un secreto. Mío y de Gerta… —Y miró ella en torno como buscando algo para arrojar.

Por si acaso, colocó Derek la mano sobre la empuñadura del cuchillo primitivo.

—¡Salga! ¡Fuera!

—Piense con calma, Hedda. La necesito como cliente, y usted ahora me necesita, porque a lo mejor el capitán Gunar no se cree su historia.

—Me creerá.

—Pero la Prensa tendrá ya cebo. Si quiere propaganda, allá

usted. Creo que usted necesita protección. Usted y Gerta son exactas… salvo el cabello. Pero cuando murió, Gerta tenía el cabello oculto por el gorro de baño. Tal vez el arquero se equivocó, Hedda. Cuando la Prensa publique la historia de las gemelas, el arquero sabrá que se equivocó.

—Pero… ¡esto es imposible! No tengo enemigos.

—Decían lo mismo de Gerta. Y ya ve. Está muerta.

—¿Intenta usted asustarme?

—Claro. Porque la necesito como cliente.

—¿Qué puede usted hacer que no haga la policía?

—Puedo dar con el falso Carson y él es la llave de todo.

—Casi me está convenciendo, Derek. Casi… ¿Cree de verdad que no creerán lo que le he contado de Gerta y yo? Hemos guardado el secreto años, y ahora se enterará el mundo entero.

—Ya no importa. Es usted libre del complejo gemelar. Escuche, los dos pretendemos lo mismo: Vengar a Gerta.

—Tal vez tenga razón, Derek.

—Entonces, ¿contrata mis servicios?

—No vayamos tan aprisa. Digamos que por el momento, hay tregua.

—Me basta. Vístase. Voy a por el falso Carson y esta vez quiero un testigo.

—Pero tengo una clase.

—Deje que lleve el negocio *Mr*. Músculos.

—Esta blusa y falda…

—Estupendas. Convienen para explorar el barrio.

CAPÍTULO VI

Por la calle principal del barrio hampón, comentó ella:

—Por aquí sería el último sitio en que buscaría yo al tipo de hombre que usted ha descrito.

—Piensa igual que la policía. Gunar cree que el falso Carson es un gángster de clase, y seguro que sus hombres están buscando por los hoteles caros. Porque Gunar juzga a través de la ropa cara que yo describí, pero no le conté a Gunar lo de las botas, ni el reloj pulsera.

—¿Qué pasa con las botas y el reloj?

—Llevaba botas viejas, del ejército. Creí que era capricho de hombre rico. Pero ¿y si las botas eran las del verdadero personaje y el resto era disfraz? En tal caso, tiene usted a un hombre de pocos fondos, posiblemente un actor, por el modo con que me engañó. Y en cuanto al reloj, tuvo que pedirme la hora porque no tenía reloj. Con otras palabras: alguien lo alquiló sólo para esto.

—¿No para disparar?

—Las piernas que vi correr no lucían botas viejas. El arquero le dio al vagabundo dinero para comprarse ropa buena: traje, camisa, corbata… y zapatos. Pero el vagabundo pensaba en el porvenir. Todo le serviría menos unos zapatos finos… Él necesitaba sus botas resistentes. Y se gastó el dinero de los zapatos en una canadiense, prenda útil para el invierno. Eso explica que el falso Carson llevase canadiense en un día caluroso. Probablemente no tendría sitio seguro donde dejarla. Sus colegas le robarían la canadiense. O tal vez la compró en lugar de unos zapatos, porque una canadiense es más fácil de empeñar que unos zapatos.

—Pero el que lo alquiló, se aseguraría que después Se iría de la ciudad.

—Y hasta le compraría el billete del tren, pero un billete puede ser cancelado, y el dinero recuperado. Tengo la corazonada de que el vagabundo sigue por aquí. Pensándolo bien, llegué a la conclusión de que el vagabundo fue alquilado para personificar a Carson, porque el arquero no se atrevió a darme la cara. Lo cual significa que yo conozco al arquero. Y este supuso que yo iría de cabeza a la cárcel.

—Es usted muy convincente. Este barrio es grande. ¿No sería mejor que yo fuera por un lado y usted por otro? ¿O no confía en mí?

—Ésa no es la cuestión. Me preocuparía perderla de vista.

Durante una hora recorrieron tres manzanas sin resultado. Tenderos, conserjes, chóferes de taxi, camareras… Todos contestaban igual. Negando conocer al hombre descrito.

Derek repetía siempre la misma historia: una herencia, un heredero a localizar, una recompensa para quien lo localizase.

Cuando se detuvieron ante el zaguán de un teatrucho, encendiendo cigarrillos, dijo ella:

—Esto le divierte, ¿no? Le gusta.

—Es mi profesión.

—No la hace mal.

—¿Cansada, muñeca?

—¡No me llame así! Odio ese calificativo. Sí, estoy cansada. Todo el mundo me mira como si fuera otra trotacalles. Y dentro de una hora, me sentiré así. ¿No sabe que mientras usted le preguntaba al camarero, un cliente me dio una palmadita?

—Pensó que usted era otra que él conocía. Vamos a beber un sorbo.

La cogió por el codo, y entraron en el bar anexo al teatro. Eran los únicos clientes.

Abandonando el periódico, el camarero se acercó bostezando ampliamente.

—Hola, gente. ¿Qué tal? ¿Qué os hecho?

—*Whisky*. El agua la echaremos nosotros.

—¿Es amigo suyo? —preguntó Hedda en voz baja.

—No, es un camarero cordial.

Tras beber, repitió Derek su historia. Y el camarero, al oír la descripción asintió. Con deleite, preguntó Derek:

—¿Le conoce?

—Es posible. Por la descripción diría que es Hopp.

—¿Hopp, qué más?

—¿Quién sabe? —Y el camarero encogió los hombros—. Los muchachos le llaman Hopp a secas.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Últimamente no le he visto —pero el camarero, mirando el billete de cinco dólares que sobre el mostrador empujaba doblado Derek, añadió—: Vea a ver en el teatro vecino. Lo frecuenta mucho. Fue actor en sus tiempos, según dice él.

Cogiendo por la mano a Hedda salió Derek a la calle, rutilando de satisfacción:

—Ya estamos embalados, ricura. ¿O le molesta el calificativo?

—No se entusiasme tan pronto. Puede que el camarero nava intentado sólo ganarse los cinco dólares.

—Veremos a ver, como dijo el camarero.

La puerta del teatro estaba cerrada, y vacía la portería.

—Tiene que haber una puerta de entrada trasera.

La había. Llamaron y un hombre viejo, con barba de media semana, oliendo a vino, dijo brusco:

—Vuelvan más tarde. Todavía hay sol. Y aquí estoy yo solo. Colocando el pie entre puerta y umbral, dijo Derek:

—Busco a Hopp.

—No lo encontrará aquí. No después de que… —se interrumpió en murmullo, del que Derek sólo captó la palabra «ingrato».

—¿Dónde puedo encontrarle? ¿Le conoce bien?

—Vaya si le conozco. Hopp y yo éramos amigos. Todos se lo dirán. Lo repartíamos todo. Lo que era mío, era suyo —y asestó un sucio índice hacia Derek—: Eso es lo que se llama amistad.

—Seguro, amigo. ¿Y dónde está ahora Hopp? Mirando a Hedda, inquirió el viejo:

—¿Bailas aquí, muñeca?

—¡No, gracias al cielo! —protestó ella.

—Pues como decía, la amistad es repartirlo todo, estar a las verdes y a las maduras.

Cuando yo tenía, repartía con Hopp.

—Está borracho —susurró Hedda—. Vámonos.

—No estoy borracho —declaró el viejo portero con vehemencia

—. Sólo estoy desilusionado.

Derek le sacudió amistosamente por el hombro. El portero farfulló:

—Pido excusas. ¿Qué estaba yo diciendo?

—Hablaba de Hopp. ¿Dónde está?

—Hopp… No me mencione siquiera su nombre. Ya no es amigo mío. ¿Sabe lo que dice la Biblia? El hombre más humano es el que da hasta la vida por su compinche. Eso dice la Biblia. ¿No es verdad?

—Tan verdad como el sol que alumbra —admitió Derek paciente —. Hopp ya no es amigo suyo.

—Puede apostar su corbata a que ya no es amigo mío. Cuando logró todo el dinero, ¿me dio acaso un centavo? ¿Qué hizo? Venir a lucirse, exhibiéndose, y haciéndose el arrogante conmigo…

Al portero le brotaron lágrimas, mitad a causa del vino, mitad por la desilusión.

—Coincide. ¿De dónde iba Hopp a sacar dinero así de pronto?

—No le hará ningún bien, de todos modos —sentenció el portero —. La Providencia y el Destino se cuidan de estas cosas, sabe… La venganza es mía, dice el Señor.

—Seguro, y le llega el turno, amigo, más pronto de lo que piensa. ¿Dónde está ahora Hopp?

—¡Llegó mi hora! —clamó el portero, triunfante—. ¡La mano del Destino aplastará al amigo infiel!… Tal como dice la Biblia, ¿estamos? Y así ha sido. Le llegó su hora al infiel amigo.

Sintió Derek que se le contraía el estómago. Estrujó un puñado del sucio jersey del portero, preguntando:

—¿Qué está diciendo, buen hombre? —Y lo soltó.

—¡La mano del Destino! Aplastó a Hopp esta mañana. Yo mismo vi la ambulancia. Se lo llevaron al hospital público —y cerró la puerta.

CAPÍTULO VII

Conduciendo hacia el hospital, repitió Derek:

—Lo peor es fallar cuando uno ya se cree al final del laberinto.

—No debe pensar que ha fallado, Derek. Hay mucha gente que va al hospital y sale con vida.

—Hopp no. Lo presiento. Hopp era el único que podía señalar al asesino de Gerta. Si yo lo deduje, el asesino lo sabía sobradamente.

—Me parece demasiado cruel, inhumano. Puedo creer que exista alguien capaz de matar por odio o por interés… pero matar sólo porque alguien puede ser peligroso…

—El primer instinto es el de legítima defensa. Si usted supiera que le espera la cámara de gas y que el único medio de salvarse es matar a otra persona, no lo pensaría mucho.

—De todo esto, se saca una conclusión favorable para usted, Derek. Usted no pudo matar a Hopp, puesto que por la mañana estuvo con la policía.

—¿Y qué deduce?

—Es una especie de prueba negativa de que tampoco mató a Gerta.

—Vaya, gracias, muchacha. Es la primera vez que me demuestra confianza. Pero me temo que la policía no será tan benévola. Sigue siendo mi palabra la que sustenta que Hopp es el hombre que se hizo pasar por Carson, contratándome. Gunar pensará que es una astucia mía, colgar toda mi historia a un hombre muerto.

Aparcaron en la espaciosa explanada del hospital público, junto a la entrada posterior para las ambulancias.

—Si quiere esperarme en el coche, no creo que tardaré mucho. Además, no será agradable.

—Vine con usted, y sigo.

Fueron al despacho de las enfermeras. La jefa era una mujer madura, con antebrazos de luchador y mirada de hiena. Derek enseñó su carnet, abriéndolo y cerrándolo:

—Policía. Se trata de un hombre recogido por una de sus ambulancias esta mañana en la calle Blunter y describió a Hopp.

—Entré de servicio al mediodía.

Derek señaló el registro, y ella lo consultó, diciendo por fin:

—Aquí está. 1806, callé Blunter. Hombre sin identificar. Lo lamento. Dice
«D. O. A.»
[1]. Quiere decir que…

—Ya sé lo que significa —atajó Derek cansinamente—. ¿Quién certificó la muerte?

Quisiera hablar con él.

—Doctor Percy. Uno de nuestros internos.

—Daré con él. Gracias.

Cogiendo por la mano a Hedda, avanzó por el amplio corredor.

—A esta hora, un doctor no se halla en el quirófano, ni en el laboratorio, ni en la cabecera de un paciente, sino tomando café en el bar.

Encontraron al doctor Percy en el bar del hospital. Formaba parte del grupo de internos, con blusa blanca, bromeando con las dos camareras. Miraron ellos con aprobación a Hedda. El doctor Percy se sintió halagado de compartir una mesa en una esquina con Hedda y Derek:

—Sí, recogí al viejo muchacho en la calle Blunter. No había nada que hacer con él. Estaba muriéndose.

—¿Cuándo murió?

—Por el camino en la ambulancia. Tal vez si hubiese llegado a la mesa… ¿Por qué le interesa, señor Derek? ¿Amigo suyo?

—Sólo investigo su asesinato.

Hasta entonces la mirada de Percy detallaba a Hedda. Ahora respingó clavando una ojeada de asombro en Derek.

—¿Su asesinato? No hubo tal asesinato.

—Pero… ¿está seguro?

—No firmo ningún certificado sin estar seguro. Este ciudadano murió de un ataque al corazón. Oclusión coronaria producida por gastritis. Puesto más claro: Reventó de ingestión.

—¿No pudo ser envenenado?

—Fue veneno, pero no de la clase que me mataría a mí ni a usted. Fue simplemente un exceso de alimentos ricos. Tengo entendido que un par de días antes había cobrado un legado, y se hinchó de comer y beber. Su estómago no lo aguantó.

—¿Podría ver el cuerpo, doctor?

—Naturalmente, naturalmente —y se veía que el joven interno deseaba hacerse admirar por Hedda.

Por el ascensor bajaron a los sótanos. Techos bajos, paredes blancas y barras fluorescentes. Acercándose a una mesa de mármol, colocó el pulgar sobre el cuerpo cubierto por una sábana:

—Aquí está —anunció jovialmente.

Alzó Derek la sábana. Vio el rostro delgado, los cabellos grises, las mejillas hundidas del hombre que había dicho sor Ogden Carson.

—¿No dijo nada antes de morir, doctor?

—No, que yo recuerde… Espere un momento. En la ambulancia murmuró algo raro, algo parecido a «cazón» o «nasón»… Al menos así me sonó.

—¿Pudo ser Carson?

—Pudo ser, en efecto. ¿Le sirve de algo?

—No sé todavía.

El joven galeno contemplaba a Hedda. Derek deslizó una de sus tarjetas en el bolsillo de la camisa del difunto Hopp.

Yendo hacia el exterior, preguntó:

—¿Seguro sobre las causas de la muerte, doctor?

—Prácticamente es un caso manual. Esta noche le harán la autopsia, por rutina, pero no cabe duda sobre mi diagnóstico.

—Muchas gracias, doctor. ¿Puedo emplear el teléfono?

—No faltaría más.

Fox Derek llamó al capitán Gunar.

Y el capitán Gunar llegó en un rápido coche-patrulla, precedido por el sirenazo. Escuchó impasible lo que le contaba Derek, oyó el diagnóstico del doctor Percy y fue a ver el cuerpo de Hopp.

No le acompañó Derek. Sentado con Hedda en un banco del rellano, contemplaba la niebla sobre el mar. Dijo ella:

—Esta bruma significa que mañana hará menos calor.

—Para mí igualmente hará calor, a menos que de pronto tenga

suerte.

—Es gracioso…

—No le veo la gracia. Se trata de mi cuello.

—Me refería a cómo cambian las cosas. Esta mañana estaba dispuesta a pegarte un tiro. Al mediodía también. Y ahora, aquí estoy, sentada contigo y permitiendo que me cojas la mano.

—La retengo como amuleto. Si la suelto, puedo hundirme.

—¿Tan mal te ves?

—Dependerá —y pensaba que posiblemente Gunar había encontrado ya la tarjeta en el cadáver—. Lo sabré cuando hable con Gunar.

Permanecieron en silencio, hasta que apareció Gunar seguido por sus ayudantes.

Habló con ellos en voz baja, se alejaron, y entonces Gunar se aproximó, invitando:

—Cuénteme lo referente a su complejo de gemela, señorita Heilan. Lo contó Hedda muy detalladamente y comentó Gunar:

—Bien, resulta extraño, pero no imposible, supongo. Comprenderá que tendré que hacer algunas comprobaciones rutinarias.

—Lo supongo. No me encanta la publicidad, pero no me opongo a nada que permita encontrar al asesino de Gerta.

—Muy bien. ¿Le importa decirme dónde estaba anoche?

—En casa —y dio la dirección de un departamento en la zona elegante de parques.

Estaba trabajando en mi contabilidad, como cada fin de mes.

—Su Hopp corresponde a la descripción que me dio esta mañana, Derek. Es una suerte para usted.

—Mucha más suerte para el asesino. El único testigo en contra suya se muere de muerte natural, cuando ya lo tenía casi atrapado. Porque Hopp me habría despejado la situación.

—Ya… Usted dice que Hopp le habría despejado, pero Hopp ya no está en condiciones de despejar a nadie. Tengo al equipo trabajando en las pistas que pudo dejar Hopp. Por la mañana sabremos lo referente a Hopp… tal vez hasta incluso quién le contrató, si es que alguien lo contrató.

—¿Buscaron sus hombres en las ropas de Hopp? No lo mencioné antes, pero le di a Hopp una de mis tarjetas comerciales en Ceddar.

Debe tenerla encima.

—No, no la tenía. Yo mismo registré sus ropas. La veré más tarde, señorita Heilan.

Y el capitán Gunar volvió a entrar en el hospital. Yendo hacia su coche, Derek, estaba perplejo. Él había puesto una tarjeta en el bolsillo de Hopp.

—¿A dónde la llevo, Hedda? ¿Al gimnasio?

—No. Lléveme a mi casa. Estoy cansada.

Condujo en silencio, pensando solo en aquel enigma. Él había colocado una tarjeta en el bolsillo de Hopp. Gunar no la había encontrado. Sin embargo, él la había dejado en el bolsillo de Hopp…

Cuando se detuvo ante el edificio de dos pisos, cuya dirección le había dado Hedda, seguía pensativo. Y ella dijo:

—No te molestes en abrirme. ¿Qué te está preocupando, Derek?

—Oh, nada. Nada importante.

—Puede que sea esto —y tendió ella una cartulina. Una tarjeta comercial del detective Derek.

Asombrado, murmuró él:

—¿De dónde la sacaste?

—De donde la pusiste. Vi tu juego de manos bajo la sábana, y mientras salías con Percy, hice mi juego de manos. No iba a permitir que falseases los hechos, oh, no, Derek.

—Yo no falseaba nada. Intentaba sólo salvarme de un apuro. Y como era verdad que Hopp me contrató, no había daño en lo que hice.

—Lo que no sé es por qué no se lo expliqué al capitán Gunar, dejándole que te pusiera a la sombra una larga temporada.

—Puedo ser más útil libre que en una celda.

—Tal vez, pero no me pidas que te acompañe para ser cómplice en tus trucos.

—Yo creía que querías ayudarme. Hasta pensé que empezaba a serte simpático.

—Simpatizo, pero viajamos por distintos caminos. No puedo tolerar tus juegos de manos. ¡Ponerle tu tarjeta al cadáver!… Una canallada.

—¡No me exasperes!

—¿Y qué? —desafió ella—. ¿Me vas a clavar un flechazo?

Derek la cogió por los hombros, la atrajo bruscamente, besándola con furia. Creyó que ella iba a forcejear. Y se dio cuenta que le devolvía el beso con la misma fiereza, hincándole en la espalda sus uñas, enlazándose prietamente.

Sorprendido la soltó. Ella parpadeando, murmuró:

—Eres un salvaje, Fox. Y debía saberlo, ¿no?

Sin cambiar su lánguida expresión, abofeteó los labios de Derek, y antes de que él pudiera recobrarse, estaba ya fuera del coche, corriendo hacia la casa.

Fox Derek miró arriba y abajo la calle silenciosa, avergonzado, convencido de que todos los inquilinos habían presenciado aquella escena.

—Mujeres —masculló como quien lanza una imprecación.

Embaló el coche. Cuando iba hacia su *bungalow*, vio a un hombre sentado en los escalones. No se levantó al acercarse Derek, que se detuvo ante él, preguntando:

—¿Puedo serié útil en algo?

—Quizá, si usted es Derek.

Era un individuo fornido, macizo, de grueso cuello y cuadrada cabeza.

—¿Es usted Derek?

—Eso dice mi licencia de conductor.

El desconocido se levantó como una pesada mole:

—Llámeme Walt. Vayamos dentro de su choza. Usted y yo tenemos que discutir un negocio.

—Si quiere verme para negocios, tengo un despacho. Ésta es mi casa, a donde vengo para descansar.

—Fui a su despacho. Pero por lo visto allá se asoma poco.

Walt tenía una honda voz gutural, posiblemente motivada por el hecho de su aplastada nariz:

—Escuche, Derek, vengo a hacerle un favor.

—Hágame otro. Lárguese.

No le gustaba Walt. Tenía aspecto de matón maligno.

—Si me largo, se pierde, Derek. He venido por el asesinato Carson. Usted está en un grave aprieto, muchacho.

—No tenía que molestarse en venir a decirme lo que ya sé.

—Y yo puedo sacarle del aprieto. Yo soy el único que puedo.

—Lo único que me sacaría de apuros es una confesión.

—Puedo hacerlo, si hay bastante dinero a la vista.

—Creo que debo conocerle mejor, Walt. Entre.

Walt se apartó para que Derek abriera la puerta. Entrando, miró Walt en torno mascullando:

—No está mal…

Fox Derek aplicó un golpe de yudo. Con el canto de la mano en pleno lado del cuello grueso. Walt cayó pesadamente, quedando inerte, de bruces.

Fox Derek cerró la puerta.

CAPÍTULO VIII

—Ha tomado usted posesión de su casa, Walt —afirmó Derek mientras, arrodillado, registraba los bolsillos del desconocido…

Un llavero, demostrando que Walt tenía un coche. Un pañuelo, necesitado de lavandera. Una cajetilla y fósforos. Un cuchillo de muelles. Lo más interesante era un billete de tren.

La mitad perteneciente a billete de ida y vuelta desde Los Ángeles. Expendido el día anterior al asesinato de Gerta.

La cartulina azul había caído de la cartera de Walt, que ahora iba a examinar. Fue un error. Confiaba en que su golpe había dejado fuera de combate a Walt por un buen cuarto de hora.

No había valorado en su justa calidad la dureza del grueso cuello.

Súbitamente, Walt alzó el busto como un caballo encabritándose. Su cabeza chocó bajo la barbilla de Derek.

Tuvo la sensación de ir rodando por un terraplén hacia un abismo sin fondo mientras algo le golpeaba durante su larga caída. Por fin llegó al fondo.

Movió la cabeza hasta que sus ojos lograron concentrarse, y su cerebro comprendió que se hallaba tendido en la alfombra de su salón. Le dolían las mandíbulas como si las muelas tuvieran el triple de su tamaño.

Pudo arrodillarse apoyando las manos en el suelo. Su diestra le dolía y estaba hinchada, como si la hubieran taconeado, y sus costillas parecían penetrarle en los pulmones cada vez que respiraba.

Miró en torno buscando a Walt, pero éste se había ido, llevándose su cartera y objetos personales. El cuarto había sido deliberadamente destrozado. Libros rotos, pantalla aplastada, y toda

la tapicería acuchillada.

Pasó Derek al cuarto de baño, donde le alivió comprobar que no tenía nada roto. Pero se maldijo porque no había sabido aprovechar la ocasión. Tras frotarse con linimento se encontró pasable.

Preparándose un café, empezó a imitar en voz alta el peculiar gangueo ronco del misterioso Walt.

Marcó los números de la mansión Carson. Como no tenía otra pista para orientarse, quería saber la reacción a su llamada. Además, Ogden Carson había estado en Los Ángeles, y de allí había venido Walt.

Fue Luana Müller la que contestó con estilo de perfecta secretaria:

—Ésta es la residencia Carson. ¿Con quién desea comunicar?

—Hola —gruñó Derek roncamente—. Aquí, Walt.

El estilo secretarial se convirtió en áspero y trémulo:

—¿Qué quiere ahora? Sabe que no debe llamar aquí. Ya le llamaremos nosotros —y colgó Luana Müller.

Colocando suavemente el aparato, se sintió Derek muy satisfecho. Aquella llamada no había dado mucho resultado positivo, pero había demostrado que existía una conexión entre Walt y Ogden… o al menos con la residencia Carson. Y Luana Müller parecía asustada. ¿De qué?

Apuradas dos tazas de café, se metió en los bolsillos plátanos y nueces. Condujo hasta estacionarse al acecho de la residencia Carson.

Por el camino había comprado el periódico. Había un reportaje sobre Hopp, que se llamaba James Hoppland. Un viejo vagabundo, borrachín, exactor.

Bajando del coche, volvió a tomar contacto con el muro lateral, empleando una linterna. Si alguien le preguntaba, diría que había perdido algo… Saltó el muro, y al caer entre la jungla artificial, experimentó la sensación de que de nuevo iba a ver a Gerta, en traje de baño, cubriéndose con el visón.

No había luces, y se recortaba en las sombras la silueta de la palanca. Crispó las doloridas mandíbulas. No había nadie en la palanca. Era sólo la sombra de una nube…

Avanzó por el patio, hasta tantear a un lado de la fachada, los cables telefónicos. Iba provisto del supletorio-espía. Tenía que elegir

el sitio desde donde pudiera oír, y a la vez vigilar.

Empleó un taburete para poder alcanzar la placa, que desenroscó, efectuando él enlace con su supletorio. Estaba experto en tal maniobra. Lo había hecho muchas veces. Y su equipo era de lo mejor.

No tenía escrúpulos, ya que en su profesión daba lo mismo seguir a una persona, que escuchar sus conversaciones. La única diferencia estriba en que, oyendo, podía prevenirse de antemano.

Por eso había traído el equipo telefónico. Si alguien de la casa tenía una cita con Walt, podría saber dónde.

Apenas realizada la conexión final, oyó el peculiar ruido, anunciando que alguien dentro de la casa acababa de colgar el teléfono. No le quedaba más remedio que acomodarse a la espera.

Cenó, y fue transcurriendo el tiempo con pesada lentitud. Él supletorio chasqueó. Alguien marcaba números. Una voz femenina, que pedía la hora, y colgaba apenas enterada de la hora exacta.

Las cortinas no estaban echadas en las ventanas que daban al patio, y la mayor parte de las habitaciones se hallaban iluminadas. A intervalos, podía ver Derek deambular gente.

Eran como actores en una película muda, ya que no podía oír nada de lo que dijesen. Por ejemplo, Lana Müller, sentada junto al tocadiscos, acompasaba la música con leves cabeceos.

Y Ogden Carson, paseando, parecía otra marioneta. Una marioneta nerviosa. Una vez se detuvo en sus paseos, y debió discutir violentamente con su madre, a juzgar por las gesticulaciones.

Una ligera bruma refrescó la atmósfera. Le dolieron más a Derek sus magulladuras. Empezaba a desear estar en su cama. Decidió esperar sólo otra media hora. Hasta las diez.

Ogden Carson entró en su alcoba. Y en vez de vestirse el pijama, eligió del armario una canadiense. En la diestra llevaba un libro.

Aquello no tenía lógica. Un hombre no se ponía una canadiense para leer. Por lo tanto, Ogden se disponía a salir.

Derek destrabó su equipo telefónico, y se dirigió al muro. La luz de la alcoba de Carson se apagó y poco después oyó el ruido de la puerta dando acceso al garaje.

Escaló el muro y se disponía a saltar a la calle, cuando dentro de la casa sonó el teléfono. Audible, por su extensión suplementaria en

la cabina de baño central.

Permaneció indeciso. ¿Conectaba su aparato para escuchar? ¿Seguía a Ogden? Le pareció más positivo seguir a Ogden Carson. Saltó a la calle, corriendo hacia su coche.

Cuando estaba jadeando tras el volante, aún no había aparecido el coche de Ogden, sin embargo, lo había oído poner en marcha, dentro del garaje.

La llamada telefónica, ¿habría sido para él? Iban pasando los minutos, y no pudiendo resistir más la espera, fue a mirar. El garaje seguía abierto.

Había humo en su interior.

Fox Derek olvidó toda cautela. Saltó al interior, y corrió hacia el garaje. El humo acre y profuso le hizo toser. Se colocó el pañuelo sobre la nariz y los labios, avanzando a tientas, palpando el costado del «Buick Caravan» hasta tocar el asiento de conductor.

Le ardían los ojos mientras palpaba hasta encontrar la llave de contacto. Cerró. Tosiendo y llorando, cogió Derek a Ogden Carson por el cinto de su canadiense, y lo arrastró fuera como un saco.

Llevándole hacia el frío y húmedo ambiente exterior. Hacia el aire benéfico.

Lo colocó boca arriba, empezando a administrarle la respiración artificial. Ogden Carson necesitaba aire, mucho aire. Fue presionando Derek las costillas, empleando la frase del sargento instructor:

—«Fuera, aire malo; dentro, aire sano».

Los pulmones bajo sus manos, empezaron a resollar. Carson jadeó, volviendo a la vida. La Naturaleza haría el resto, pensó Derek dedicándose a cuidar sus propios pulmones con los ejercicios respiratorios adecuados.

Por fin, miró críticamente al pelirrojo:

—Espero que valga la pena resucitarte, compadre. Porque desde que oí tu nombre no me caen más que leñazos.

Descubrió de pronto que no estaba sentado directamente sobre el suelo, sino encima de un objeto cuadrado. Un libro.

No acertaba qué podía hacer en el suelo un libro.

Hasta que recordó, que poniéndose la canadiense, Ogden tenía un libro, que debió colocar en el bolsillo y que se le cayó del mismo al ser arrastrado fuera del garaje, después de su intento de suicidio.

En la obscuridad no podía ver qué clase de libro era. Pero sin duda, era importante.

¿Por qué iba a llevarse Ogden consigo un libro en su cita con la muerte?

Estudió el libro con su linterna. Y silbó suavemente. Bien encuadernado en piel, con cantos dorados, era un Diario. Reconoció la escritura. La de Gerta.

Lo guardó en el bolsillo. Ogden Carson empezaba a gruñir, meneando la cabeza a un lado y a otro. Decidió Derek que ya era tiempo de proporcionarle al pelirrojo una asistencia médica, ya que sus propios conocimientos del envenenamiento producido por monóxido de carbono eran elementales.

Lo cogió de los sobacos, poniéndole en pie, e inclinándose permitió que el otro se doblara sobre su hombro. Ogden Carson no era corpulento, pero en su actual estado físico, Derek le consideró un fardo muy pesado. Tambaleándose bajo su humana carga, fue al porche, buscando el timbre. No localizándolo, llamó con los nudillos repetidamente. Oyó el rumor de altos tacones, y un panel de cristal se abrió. Luana Müller dilató tanto los ojos, que por un instante temió Derek que se le cayeran a la secretaria los lentes de contacto.

Cuando vio ella la colgante cabeza pelirroja, su rostro de muñeca se puso del color de la cera, y su labio inferior desapareció bajo los dientes, como si fuese a llorar.

Y volvió a desaparecer en el interior de la casa.

—¡Ey! ¿Cree que estoy cómodo con este fardo al hombro? —rezongó Derek asestando un puntapié en la puerta cerrada.

Más taconazos y esta vez fue Joyce Carson la que miró tras del panel encristalado.

Gritó Derek:

—¡Abra!

Obedeció la madre de Ogden, pero no demostraba el pánico de la secretaria. Abriendo la puerta, cerró el paso encañonando una pistola a poca distancia del rostro de Derek. Y conminando:

—Si no se queda dónde está, disparo.

—Otro minuto más, y me muero ahorrándole el disparo, señora. ¡Déjeme entrar!

—¿Qué le ha hecho a Ogden? ¿Está… muerto?

—Todavía no, pero hay esperanzas.

Se apartó la señora Carson. Tambaleándose avanzó Derek pidiendo la orientación hacia la alcoba de Ogden. Fue siguiendo a Joyce Carson a través de lo que le parecieron infinitas puertas.

Dejó caer al semiinconsciente Ogden en su cama.

La señora Carson, arrodillada, acariciaba a su hijo. Su diestra seguía sosteniendo la pistola.

—¡Ogden, Ogden! ¿Qué te ha hecho?

—Hacer como hacer, señora, le salvé la piel —gruñó Derek, y viendo a Luana Müller pidió: ¡Pronto, *whisky*!

La señora Carson asestó una mirada borrosa a Derek:

—Usted va a pagar por esto, Derek. Tan pronto como llame a la policía…

—Hágame caso y llame primero a un médico. Y que sea uno de los que conserven la boca cerrada, por amistad o por dinero. Llame a la policía y tratarán de averiguar por qué su hijo intentó suicidarse.

—¿Suicidarse? ¿Qué Ogden intentó suicidarse?

—En el garaje, dejando escapar el gas. Lo saqué a tiempo. No es preciso que me crea a mí. Ya se lo dirá él mismo… y si no puede él, se lo dirá el médico.

—Suicidio —silabeó Joyce Carson. Sus manos se relajaron y la pistola quedó en la cama, sin que ella se diera cuenta.

Luana Müller acudía presurosa, con un alto vaso repleto de *whisky*. Fox Derek lo cogió, vaciándolo en un sorbo seguido. Respingó Luana:

—¡Era para Ogden!

—Yo lo necesitaba más que él —afirmó Derek devolviendo el vaso vacío, y preguntó—: ¿Quién es el doctor de la familia? ¿Es de esperar que sabrá callarse?

—Yo creo que el doctor Oliver… que es el que habitualmente…

Miró Derek a la señora Carson, que salió de su marasmo:

—El doctor Oliver es de confianza. Luana, dígale que Ogden ha sufrido un accidente.

No le diga cómo.

—Tampoco lo sé —y la secretaria abandonó la alcoba. Derek fue a cerrar la puerta.

—Bien, señora Carson, tenemos que hablar.

—Más tarde. Después que hayan atendido a Ogden.

—Él puede esperar y yo no. Esta noche su hijo ha intentado suicidarse. Precisamente cuando la encuesta por el asesinato de su esposa está en marcha. Por ahora, eso sólo lo sabemos él, usted, yo y, posiblemente la secretaria. Añada al doctor, y somos cinco.

—¿A dónde pretende llegar?

—El único de los cinco que no tiene ningún motivo para callarse soy yo. Es más; me beneficiaría cumplir como ciudadano informando a la policía.

—No lo hará usted.

—¿Por qué no?

—Porque si pensase decirlo a la policía, no me lo estaría contando a mí.

—Adivina usted el pensamiento, señora. En parte tiene razón. No intento contarlo a la policía… si consigo lo que quiero de usted y de su hijo.

—¿Y qué es?

—Que contraten mis servicios profesionales. Asintió ella levantándose:

—Espere un momento.

Salió de la habitación. Derek esperó.

Cuando ella regresó, obtuvo la respuesta.

Joyce Carson llevaba un bolso y un fajo de billetes de Banco en la diestra. Dijo fríamente:

—En efectivo sólo tengo doscientos dólares. Suyos… ¡y váyase! No cogió Derek los billetes:

—Lamento desilusionarla, pero no me interesa su dinero. No he venido a proponer ningún chantaje, señora.

—No le comprendo.

—Necesito un cliente que me permita investigar. Por ahora, nadie me acepta como detective, lo cual es una pena, ya que mis honorarios no son excesivos como puede darse cuenta.

—¿Debo suponer entonces que usted quiere investigar gratuitamente… y silenciar el accidente de Ogden… a cambio de que yo contrate sus servicios?

—Corrijo. Trabajaré gratis hasta que llegue a resultados positivos, en cuyo caso mi tarifa habitual es cincuenta dólares diarios, más los gastos. Lo demás que usted presumió, era acertado.

—Si no aceptase, sería una tonta, ¿no?

—Eso es. Y usted no tiene nada de boba, señora. Considéreme, pues, contratado, digamos… desde hace media hora. Y así puedo emplear la excusa del deber hacia el cliente, si la policía quisiera saber por qué no les conté… el accidente de Ogden.

—Piensa usted en todo.

—Pero no acabo de pensar en una segunda razón por la que Ogden quiso suicidarse.

—¿Segunda razón?

—Bien, la primera es evidente. Mató a Gerta y no quiso afrontar las consecuencias. Pero ya que es mi cliente, desechemos esta idea y busquemos una segunda razón.

¿Puede sugerirme algo, señora?

—Pues… No me sorprendería que Ogden, muy deprimido por la muerte de Gerta… Eso es… Estaba muy deprimido esta noche…; quería mucho a Gerta, y en un momento de depresión…

Asintió Derek gravemente:

—Es posible, y por el momento dejaremos sentada esta teoría.

Llamaban al timbre, y salió Joyce Carson. A solas, recogió la pistola, un modelo en serie, calibre corto, para bolso. Pasó al cuarto de baño, y echó la pistola en el depósito de agua del excusado. Hizo correr el agua; el arma no taponaba el mecanismo.

El doctor Oliver, de mediana edad, empezó a actuar eficientemente… Aseguró que Ogden estaba fuera de peligro.

Abandonó Derek la alcoba, y por el pasillo oyó el resto de una conversación telefónica.

Luana Müller estaba diciéndole a alguien:

—… no puede el señor Carson acudir a la cita, debido a un accidente. Tal vez mañana…

Sí, ya le llamaremos… Buenas noches.

¿Walt? No podía preguntárselo a la secretaria. Salió fuera yendo a la cabina central junto a la piscina. Se sentó en la tumbona que había ocupado Gerta la noche anterior. Tendido, se sintió muy a gusto.

Pero tuvo una idea repentina. Se levantó, yendo a la galería que contenía los arcos y flechas. Cogió una flecha sopesándola.

Volviéndose, caminó diez pasos. Y dando media vuelta, dio frente a la diana, respaldada en un montón de paja. Lanzó la flecha.

Cayó al suelo sin hincarse. Igual resultado obtuvo en dos nuevos intentos. Acortando distancia, consiguió clavar la flecha.

Regresó a la tumbona. Si él, un novato, podía clavar una flecha en diana, a seis pasos, un experto en lanzar cuchillos, tal como Cliff Holden, el musculoso Adonis, superaría en mucho el «récord».

Era una idea que ofrecía posibilidades. Sacó de su bolsillo el Diario de Gerta. Dejándolo en su regazo, buscó un cigarrillo. El libro se abrió por sí solo, en una hoja muy manoseada.

Leyó la familiar escritura, y respingó, sentándose, completamente olvidado de su cansancio. Releyó…

Bajo la fecha «22 de junio», había escrito Gerta Heilan:

«Hoy maté a Irvin».

CAPÍTULO IX

No era un Diario del tipo corriente, pensó Derek. De esos que decían:

> «Hoy fui de tiendas y compré un sombrero precioso»… «Hoy fui con Jimmy a ver la nueva revista»…

El Diario de Gerta trataba de emociones, sueños… Había pocos nombres propios. Irvin era mencionado varias veces. El nombre más citado era Irvin. No había apellido. Irvin tanto podía ser un canario como un gato.

Pero leyendo más adelante, descartó Derek la idea de un animal doméstico. Un sueño que describía Gerta demostraba muy bien que Irvin era un hombre.

Después de la fecha 22 de junio, ya no volvía a ser citado Irvin. Bajo la fecha 22 de julio decía:

> «Hace hoy un mes. Y lo volvería a hacer, sin el menor remordimiento».

Se deducía, pues, que Gerta había matado a un tal Irvin. Dónde, cómo, por qué y quién era Irvin, eran preguntas a las que el Diario no contestaba. Ni tampoco las podía contestar Gerta…

—No encaja —murmuró Derek, contemplando las quietas aguas azules de la piscina que fue tumba para Gerta—. Una persona que mata una vez, vuelve a matar. No son asesinadas, a menos que…

Venganza. ¿Alguien vengando la muerte de Irvin? Ya se había ido el doctor Oliver en su coche. Fue Derek a la casa. Había una luz en el garaje. Luana Müller registraba concienzudamente el «Buick Caravan», ayudándose con una linterna. Siguió Derek hacia la alcoba. Encontró a Ogden Carson sentado en la cama. Lívido y deprimido, acentuada su palidez por el cabello rojo. Y la vista de Derek no pareció animarlo, y la señora Carson se notaba que acababa de sermonear a su hijo. Pensó Derek que Joyce Carson era de la clase de mujeres que darían instrucciones al sepulturero mientras éste las enterrase.

—Tiene usted que irse, Derek —ordenó ella—. El doctor Oliver ha dicho que mi hijo no debe recibir visitas.

—De acuerdo, pero yo no soy una visita, sino un empleado de la casa Carson.

—¿Qué está hablando? ¿Qué quiere decir? —Gruñó Ogden.

—¿No se lo ha explicado aún su mamá? He puesto a su servicio mi capacidad profesional.

—Lo consideré mejor, Ogden —aclaró ella—. Parecía el único medio de asegurarme que él callaría… sobre lo que ha sucedido.

Encogió Carson los hombros:

—Me importa poco lo que pueda él decir. Ande, Derek, a contarlo a todo el mundo. Ogden Carson intentó suicidarse. Vaya a contarlo a todo el mundo y hágase el héroe de periódicos. Ya no me importa nada de nada.

—Ogden, no hables así —recriminó su madre—. ¿Dónde está tu habitual valor?

Derek dudó que Ogden poseyera mucho valor, porque hombres con madres como Joyce Carson solían carecer de empuje.

Intervino, apaciguador:

—No es necesario mirar las cosas por el lado negro. Por lo que a mí concierne, no ocurrió nada esta noche, salvo que me contrató para investigar la muerte de Gerta. Olvidemos lo demás y hablemos de eso.

—No quiero hablar con usted de nada —dijo Ogden—. Váyase, por favor. Tiró Derek el diario de Gerta en el regazo de Ogden Carson, preguntando:

—¿No leyó últimamente ningún libro interesante?

Creía imposible que Carson palideciera más, pero así fue.

Añadió:

—Para ahorrar tiempo, déjenme decir que me lo he leído todo, excepto los relatos de sueños pesados. Supongo que usted haría lo mismo.

—Sí —admitió Ogden—. Mi madre y yo lo hemos leído.

—No será el Libro del Mes, pero tiene detalles… ¿Cuándo lo encontró?

—Hoy cuando reunía las cosas de Gerta… Madre, ¿quieres traerme algo de beber? Lo necesito.

—No lo estimo oportuno —opinó Joyce—. El doctor Oliver…

—¡Vamos, señora! Dele un trago al chico —aconsejó Derek—. Lo necesita y tal vez lo necesitamos todos. Tengo mal sabor de boca. —Y apenas salió la señora Carson, susurró Derek—: ¿Qué iba a decirme, Ogden?

—No quería que ella lo oyese, porque le prometí que no lo diría. Fue ella la que encontró el Diario hoy. Registraba la alcoba de Gerta. Y quiso que fuese yo el que aparentase haberlo encontrado, para que no pareciera ella una entremetida.

—Al grano… ¿Qué opina del Diario?

—No puedo creer escribiera ella todo eso. Debe haber sido una especie de broma para ella escribir tantas… locuras.

—Un extraño sentido del humor. La pregunta es: ¿Quién se ríe? Me apuesto lo que sea a que no es Irvin.

Joyce Carson entró llevando dos vasos, con apenas un dedo de *whisky*. Bebieron Derek y Ogden. Dijo ella:

—Si quiere saber lo que opino, le diré que no me sorprende. La creí capaz de todo.

—No hables así, madre… ya que Gerta no puede defenderse.

—De lo cual debemos alegrarnos, hijo. Tú podías haber sido la víctima. Recogió Derek el Diario, y le preguntó a Ogden:

—¿A dónde llevaba usted ese Diario esta noche?

—A la policía. Tuvimos mi madre y yo una pequeña discusión. Y decidimos que era demasiado importante… para ocultarlo a las autoridades. A eso iba.

—Pero no fue, sino que le dio por abrir el gas. ¿Por qué?

—Realmente no puedo explicarlo. Recuerdo que puse en marcha, dispuesto a irme. Y de pronto pensé: «¿Y si te quedases sentado hasta dormirte para siempre?»… Comprendo que fue una

locura pero entonces me pareció sencillo y fácil de hacer.

—Debió pensar más en usted y su fama, Ogden. Si llega a suicidarse, la opinión general le hubiera colgado el asesinato de Gerta, fuese o no verdad.

—Fuese o no verdad —repitió Carson en eco—, yo no maté a Gerta.

—Ya empieza a razonar con lógica, compadre. Créame si le aseguro que yo estoy en peor situación que usted, y no se me ocurre llenarme los pulmones de gas. Salvo para sacarle a usted a rastras del garaje.

Ogden Carson forzó una sonrisa de cordero arrepentido.

—No se preocupe más por mí, que no reincidiré, palabra. Tiene razón, Derek. Fui un asno… La verdad sea dicha, aunque odie reconocerlo, me afectaba y deprimía más lo que pueda comprometer mis proyectos financieros que la muerte de Gerta…

—No comprendo por qué te preocupas, hijo. Sólo porque una loca haya sido asesinada, eso no perjudica tu proyecto de Ceddar Sea. Al contrario —y la señora Carson emitió una seca risita—, aumentará su valor, porque tal clase de propaganda atrae a la gente. Yo conozco a la gente…

—Vayamos a lo real —atajó Derek—. ¿Tiene idea de cuándo escribió Gerta este Diario?

—No sé… Hace un año que nos casamos y ella nunca me habló del pasado.

—Deduzco, pues, que este Diario cubre el año que siguió a nuestro divorcio, cuando la perdí de vista. Fecha desde el primero de enero hasta el último de diciembre, sin poner el año, pero calculo que será el intermedio entre su divorcio conmigo y su boda con usted.

—Y ¿qué va a hacer usted con el Diario?

—Recojo la antorcha de su mano, Ogden. Irá a parar a Gunar mañana por la mañana. Para que nuestra historia coincida, me atribuiré el hallazgo… naturalmente, como empleado suyo.

Fruncido el ceño, pareció Carson a punto de protestar. Se limitó a morderse el labio inferior. Entró la secretaria Luana Müller, diciendo:

—Lo siento, señor Carson, pero no lo pude encontrar… —Y se interrumpió al ver, de pronto, a Derek.

Fox Derek, yendo hacia la puerta, mostró el Diario a la secretaria.

—No podía encontrarlo, pues lo tenía yo. —Y ya en el umbral se volvió como si recordase de pronto algo—. Por cierto, Ogden… Cuando vea a Walt, dele recuerdos míos. Escrutó Derek. La señora Carson no mostró reacción alguna. Luana respingó y Ogden Carson parecía abrumado. Balbució:

—No comprendo… ¿Walt? ¿Qué apellido?

—De momento, sin apellido. Pero todo se averiguará. Buenas noches.

Salió a la calle, y entrando en su coche, no lo puso en marcha. Aguardó hasta que las luces de la casa fueron extinguiéndose una tras otra.

Volvió a saltar el muro, y entró en el garaje. Quitó en cada coche su dispositivo de arranque, escondiéndolo.

Aquella noche, por lo menos, nadie de la mansión Carson podría emplear coche propio. Condujo Derek el suyo hasta el primer puesto de gasolina y llamó desde el teléfono a la Unión Taxista de la ciudad.

Tenía amistad con el gerente. Y consiguió la promesa de que si alguien de la mansión Carson solicitaba un taxi, el viaje y destino sería anotado.

Tenía, pues, un ángulo cubierto. Pero tenía que ocuparse del segundo ángulo de la ecuación. Y condujo hacia el domicilio particular de Hedda Heilan.

CAPÍTULO X

Fox Derek permaneció con el dedo apoyado en el timbre, hasta que la puerta se entreabrió, asomándose parte del rostro de Hedda Heilan. Aparecía soñolienta, pero sus azules ojazos se despertaron del todo al reconocer al visitante.

—¿Sabes la hora que es, Derek?

—Se me estropeó el reloj. Déjame entrar.

Acabó ella de abrir, comentando caústicamente:

—Tengo una llave extra en el estante sobre la luz del porche. Me sorprende que no la usaras para entrar directamente.

—No sabía que estaba allí.

Miró Derek en torno del recibidor. Estilo sueco moderno. Se instaló en el sofá, palmeando los almohadones.

—Ponte cómoda, muñeca. Fumaremos un pitillo.

Ella lucía un «negligé» color crema. Tenía el aspecto tibio y blando que caracteriza a ciertas mujeres cuando se despiertan. Un encanto de gata invitando al arrullo. Pero su rostro no invitaba…

—Puedo oírte en pie. No quiero que te sientas demasiado cómodo.

—Iré aprisa. ¿Has visto esto antes de ahora? —Y mostré el Diario.

—No.

—¿No quieres saber lo que es?

—Parece un libro.

—Lo es, pero de clase particular. Un Diario escrito por tu hermana.

Lo abrió Derek por la página correspondiente al 22 de junio, y esperó la reacción. El rostro de Hedda, primero curioso, se congeló y sus labios empezaron a temblar. Después sus hombros, y, por

último, dejó caer el Diario y se llevó la mano a la frente.

La cogió Derek a tiempo, instalándola en el sofá.

—Entonces nunca lo leíste.

—No… ¡No es posible! No puede ser el Diario de Gerta… Ella no haría nada semejante.

Tiene que ser falsificado.

—¿Por qué? No es una falsificación.

—Gerta era inteligente. No habría dejado algo tan comprometedor.

—Escucha, muchacha. —Y enlazó Derek afectuosamente los hombros de Hedda—. El criminal nato existe raramente… Pero se presentan circunstancias que lo alteran todo.

—Y ahora ¿qué?

Encogió Derek los hombros. Y ella insistió:

—Entonces ¿debe saberlo alguien más? No perjudicaría a nadie, si esto permaneciera entre nosotros. —Y señalaba el Diario en el suelo.

—Es una ironía, Hedda, que me pidas ahora lo que esta tarde considerabas una canallada. Confundir a la policía. No puede ser, Hedda.

—¿Es definitiva tu decisión o puedes alterarla? —Pestañeó ella.

—Definitiva. Pero podemos discutir un poco. Te pido ayuda. No en mi defensa, aunque esté comprometido, sino en la de Gerta. Tengo el presentimiento de que este Diario es la llave de todo, la explicación del porqué fue asesinada. No puedo probarlo, ya que sólo es una corazonada. Pero me puedes orientar. ¿Hablo Gerta alguna vez de ir a Honolulú o lugares vecinos?

—Nunca me habló de esto. Ya te expliqué que hace cosa de tres años no supe dónde estaba Gerta.

—¿Durante un año, aproximadamente?

—Más o menos, sí.

—¿Pudo estar por aquellas islas?

—Es posible. Pero yo nunca le preguntaba a Gerta adónde iba ni lo que hacía, y ella me pagaba con la misma moneda. ¿Puedo abandonar la silla de testigo?

—Lo siento si me consideras como a un polizonte, pero debo ahondar… Sonó en la puerta un repique de puño. Inquirió Derek:

—¿Esperabas compañía?

—¡Oh, no! —murmuró ella, yendo a abrir.

Cliff Holden irrumpió como un arcángel vengador. Iba descabellado, y entró balando:

—¿Dónde está? Le voy a romper hueso tras hueso.

Viendo a Derek, se detuvo, parpadeando, y exigió, retador:

—¿Qué hace usted aquí, demontres? Alzó Derek el Diario.

—Ya lo ve. Estoy leyendo.

—Póngase en pie… Póngase en pie y aguante como hombre Ja paliza. Hedda Heilan preguntó, Suavemente:

—¿Te importa decirme qué es lo que exactamente haces aquí, Cliff?

—Está fuera, espiando. Y esto no lo tolero. Vamos, usted póngase en pie, compadre. A menos que quiera encajar sentado.

Suspirando, se levantó Derek. No tenía el menor deseo de pelear con Holden, después de la tarde que había pasado. Se interpuso Hedda.

—¡Cliff! Deberías avergonzarte de lo que has pensado. El señor Derek y yo estamos discutiendo un asunto.

—¡Je, je! —Ladró Holden, avanzando un paso.

—Y aunque no fuese así, no es nada de tu incumbencia. ¡Te prohíbo que conviertas mi piso en un *ring*! ¡Té aviso, Cliff!

Sorprendido por el tono femenino, Holden cometió el mismo error que años antes cometiera Delaney ante Dempsey. Ladeó la cabeza para mirar a Hedda.

El gancho de Derek le dio de lleno en el mentón. Y el musculoso gimnasta aterrizó sobre la espalda. Pero se incorporó tambaleante como un púgil a la cuenta de cuatro, tras un impacto atinado.

Volvió a suspirar Derek pensando en la paliza que se le avecinaba, pero o bien Holden tenía los músculos nudosos y agarrotados, o el gancho le había quitado energías. Sus golpes carecían de fuerza y precisión.

Le fue fácil a Derek esquivar y contraatacar, girando en torno a Holden hasta que lo derribó por más de la cuenta. Cliff Holden quedó tendido, gimiendo, y manchando la alfombra con la sangre nasal.

—Bueno, compadre, hay que despejar el *ring* —notificó Derek.

Le cogió por las muñecas atrayéndolo hacia la puerta. Ya cerca de ella, Holden consiguió ponerse en pie, y alelado, abandonó la

estancia.

Cerró Derek por dentro, y comentó Hedda:

—Nunca hubiese creído posible que vencieses a Cliff.

—Ni yo tampoco —reconoció Derek, haciendo flexionar sus dedos. Iban hinchándose sus manos—. Un par de días como éstos y me presento al Cinturón del Guante de Oro.

—¿Estás herido?

—De la coronilla a los talones.

El anillo de sello de Holden había abierto un corte en su pómulo. Le curó Hedda y comentó él:

—Mi madre lo curaba todo con un besito.

Besó ella la mejilla lastimada. Pretendió él enlazarla, y esquivándose, manifestó Hedda:

—Te traeré una jofaina con agua caliente y así podrás deshincharte las manos. Mientras ella pasaba a la cocina, volvió Derek a abrir el Diario. La reciente visita de Cliff Holden acababa de recordarle algo que buscó hasta leerlo, y que releyó en voz alta al regresar Hedda.

Encabezado con fecha de marzo, había escrito Gerta:

> «Cliff me llamó no estando yo en casa y no dejó recado, con lo cual lo doy todo por terminado. Cliff me recuerda, un torito con lazo azul, trotando orgulloso por los pastos, sin nada en el seso».

—¿Por casualidad este Cliff será Cliff Holden? —inquirió Derek, sumergiendo las manos en el agua caliente.

—No lo creo. A mí Cliff no me parece un torito con lazo azul.

—¿Ha estado Cliff en Honolulú? Debió estar, ya que me dijiste que ganó una medalla en la guerra.

—No sé… De todos modos, fue Gerta la que me presentó a Cliff.

—Interesante. —Y miró Derek su reloj. Se había parado durante la refriega—. ¿Qué hora tienes, Hedda?

—Cerca de medianoche. ¿Crees posible que Cliff tenga algo que ver con la muerte de Gerta?

—Ni idea.

Sentada en la alfombra, iba Hedda leyendo el Diario de su

hermana. Se contuvo Derek para no acariciar el brillante cabello. Y súbitamente, pensó que allí se encontraba como en su hogar.

—¿No es extraño? —murmuró Hedda—. Tengo en las manos un año entero de la vida de mi hermana gemela, y leo cosas que también a mí se me ha ocurrido pensar.

—Lo extraño es que sólo escribiese un año. ¿Por qué no siguió? Puede que la razón sea que, hallándose de viaje, hizo como los turistas. Anotar ideas. Posiblemente este Irvin es el que le mandaba joyas, durante nuestra tramitación del divorcio. Coincide el elemento tiempo.

Pasó Derek al teléfono. Estaba en la alcoba. Llamó a la Redacción de varios periódicos, contando lo mismo. Que había sido contratado por Ogden Carson para investigar la muerte de Gerta, y que había descubierto información en el Diario de la difunta. Diario que entregaría a primera hora de la mañana al fiscal.

Silabeó la nota referente a Irvin, aludiendo al tiempo posible. Cuando colgó, estaba seguro de que las ediciones de la mañana llevarían sus declaraciones en grandes titulares.

—¿Qué te propones con todo esto, Derek? Creía que no te gustaba ver tu nombre en el periódico.

—Lo prefiero a verlo en el registro de cárceles.

La enlazó, besándola con pasión. Cuando ella recobró su respiración normal, susurró:

—Por si has perdido la pista, cariño, son las doce y media de la noche.

—Hora de dormir. Estoy muy fatigado.

—No me he dado cuenta —sonrió ella—. Pero ahora a ser buenos y vete. Corrió ella hacia el recibidor. Suspirando, la siguió Derek.

Y Hedda Heilan habló precipitadamente:

—Por ahora no he sido nunca una loca caprichosa, Derek. Quiero seguir siendo como soy. Cuando nos conozcamos mejor… haremos planes, pero decentes. Te lo ruego. Vete.

Volvió él a besarla, y ella supo desprenderse. Abriendo la puerta, invitó, con sonrisa trémula.

—Buenas noches, cariño.

—Así sean todas las que vengan, encanto.

El aire de la noche le despejó. Apartando una cortina, ella le

despedía, ondeando la mano. Un buen final de noche.

CAPÍTULO XI

No fue a su *bungalow* porque apenas salieran los periódicos, iría la policía a visitarle. Y también el arquero…

Condujo por la carretera costera, hasta hallar un sendero lateral, donde aparcó, durmiéndose en el asiento. Durmió poco, porque había tomado píldoras de cafeína.

Regresó a la ciudad cuando los primeros rayos solares disipaban la bruma nocturna.

Desayunó en un café próximo a las oficinas del fiscal.

Pero primero visitó los archivos, encontrando que Cliff Holden había servido en el Pacífico, pero no estaba inscrito su licenciamiento ni las bases en que había servido.

Telefoneó a Hedda.

—Lamento despertarte, mi vida.

—Estaba despierta, esperando que me llamases. Ya eres mi principal problema, Fox. —Y rió la voz femenina—. Espero que sus intenciones son honorables, señor Derek.

—No le quepa la menor duda.

—¿Qué hago con Cliff? Quiero decir, después de lo de anoche. Es mi socio, ¿comprendes? Y tengo demasiados intereses en mi salón de belleza para permitir que se estropee todo por celillos.

—Tengo una solución, Hedda. Le echamos la policía a Cliff, como presunto asesino de Gerta. Si sabe lanzar cuchillos, también puede clavar flechas.

—No, por favor, Fox. Lo considero una broma de mal gusto, querido.

—No es del todo una broma. No le veo claro a Cliff Apolo; Apareció anoche en forma rara. ¿Cómo pude yo darle la paliza? Esto me tiene intrigado. Él es una bestia forzuda. Pero lo cierto es

que conocía a Gerta. ¿De dónde?

—Ten presente que Cliff no es muy inteligente.

—Escucha, ¿quieres ayudarme, sí o no? Pues entonces Cliff debe tener su armarito privado, ¿no?

Porque no irá en autobús con su calzón de baño. Se mudará en el gimnasio. Mientras dirige una de sus clases, registra su cartera. Seguramente llevará una fotocopia de su licenciamiento, como la mayoría de exguerreros. Copia la información y vuelve a dejarle su documento en su sitio. No lo sabrá.

—¿Y si me pilla? Ahora ya me añades otra complicación, aparte el enamoramiento.

Me quieres convertir en una ladrona.

—Persiste conmigo, y pronto te convertiré en una mujer casada. ¿Lo harás?

—¿El qué? ¿Casarme contigo o registrar los bolsillos de Cliff? —Y rió ella—. La respuesta en ambas cosas es sí.

—Cenaremos juntos. ¿Vale a las siete?

—¿No te puedo ver antes?

—Creo que voy a pasarme la mayor parte del día encerrado con las autoridades competentes. O a lo mejor, eh fiscal me receta una temporada tras las rejas.

—Lo leeré en la prensa. Y te esperaré hasta mi vejez. Cuídate, Fox… por mí. —Y el auricular retransmitió un beso sonoro.

Abandonó Derek la cabina, sonriente. Y seguía sonriendo al llegar al corredor de las oficinas del fiscal. Ya estaban los de la prensa, el cámara de televisión y más curiosos.

Convergieron sobre Derek, estallando preguntas de todos los sitios, fogonazos y él avanzó como un barco entre banquizos de hielo.

Ante la puerta del despacho, mantuvo el Diario en alto, y una sonrisa fotogénica para la posteridad.

La antesala del fiscal era espaciosa. Bancos a un lado, mesas a otro, ocupadas por empleados. Todas las pupilas se concentraron sobre Derek. La mayoría hostiles. No le sorprendió.

La única sonrisa correspondiendo a la suya fue la del capitán Gunar.

—¿Cómo tan madrugador, capi?

—Para verle, abejita. Libó mucha miel, ¿no?

—Trabajando.

La irrupción de vocingleros chicos de la prensa hizo salir de su despacho al fiscal, rutilante de indignación. James Sheldon, rollizo y manicurado, muy digno, era apodado «Abuelita» por sus colegas.

Derek, que lo había visto operando en tribunales, lo consideraba un charlatán, pero astuto. Miró a Derek con expresión de gran asco. Y gritó:

—¡Estas oficinas deben ser desalojadas inmediatamente!

Nadie hizo caso. Fox Derek aquietó el bullicio, anunciando que el fiscal tendría que hacer declaraciones después de una entrevista privada.

Sonaba a que él iba a dar generosamente pistas al fiscal. James Sheldon apretó más los delgados labios, señalando el interior de su despacho, donde entraron Derek y el capitán Gunar.

Envarado en su sillón, manifestó Sheldon:

—Espero por su propio bien, Derek, que posea buenos fundamentos que justifiquen la algarada que ha promovido.

—Le traigo esto. —Y colocó Derek sobre la mesa el Diario de Gerta—. Si no encuentra la palabra que busca, fiscal, se la soplo. Es: «Gracias».

—No busco más que una razón que aclare por qué el capitán Gunar y yo hemos tenido que enterarnos de la existencia de este precioso documento, como ciudadanos corrientes, a través de la prensa.

—¿Estaba en la prensa? —inquirió Derek.

—¡Lo sabe sobradamente! Usted mismo les facilitó la tarea. Tengo la noción de que puedo encerrarle por obstruir la justicia, Derek.



—¿Quién obstruye? Aquí está el diario. Sólo lo encontré anoche, y aquí estoy a primera hora de la mañana, trayéndole el documento. No podía comunicarle mi hallazgo a medianoche. Respeto su reposo, fiscal.

—En la ridícula presunción de que pueda usted ser sincero, deseo hacerle saber que a la una de la madrugada me sacaron de la

cama sus amigos periodistas, y desde entonces he dormido por raciones.

—Eso sucede al administrador de justicia, ¿no?

El capitán Gunar había estado hojeando el Diario. Lo presentó al fiscal abierto por la página encabezada: «22 de junio».

—Lea esto, Jim.

Lo leyó Sheldon, y, por fin, dijo:

—Exactamente, Derek, ¿dónde y cómo dio con este Diario?

—Ogden Carson contrató mis servicios ayer y tropecé con este Diario mientras husmeaba por entre los efectos personales de la difunta.

—¿Cómo pudo convencer a Ogden para que le contratase? —quiso saber el capitán—. Ayer le odiaba con sólo verle.

—Soy muy persuasivo, capitán.

—Bien, ya que Carson le contrató, encontró la excusa para entremeterse en asuntos oficiales. Pero le advierto —y se hizo más severo aún el fiscal—, y desde éste, mismo instante, que debe dejar la investigación de la muerte de la señora Carson a las autoridades competentes. Puede irse, Derek.

Siguió sentado el detective.

—No me empuje, fiscal. No me diga que desde la una de la madrugada no ha adelantado nada en la investigación.

Insinuó Gunar:

—Mejor que lo sepa, Jim. O hará adivinanzas en voz alta donde le puedan oír los de la prensa.

—Bien, Derek, actuando sobré la información que usted tan amablemente brindó a la prensa, telefoneé a Honolulú. Al jefe de policía. Por lo que me dijo, parece ser que este Diario no es un invento, que fue lo que primero pensé de usted.

—¿Quién era Irvin?

—Irvin Gilmore —expuso Gunar— era un joven que murió súbitamente hace unos tres años. Asesinado por una persona o personas desconocidas. Sigue el caso abierto en el archivo de la policía de Honolulú. Al menos, seguía abierto hasta hoy.

—¿No hay más detalles?

—Unos pocos. Una información completa llegará por cable. Según los muchachos de Hawái, el asunto fue célebre, porque Gilmore era el rico heredero de un plantador de azúcar. Parece ser

que fue encontrado en los bosques, después de decirles a unos amigos que iba a cazar un jabalí.
Aparentemente'
fue solo, aunque tenía suficientes amiguitas como para formar un coro de bailarinas del
«hula-hula».
De todos modos, estaba solo cuando lo encontraron.

—¿Motivo de la muerte?

—Colapso cardíaco —dijo Gunar, blandamente— colaborando con el hecho de que fue apuñalado por la espalda. El arma no fue hallada, pero el informe forense estableció que se trataba de un instrumento puntiagudo, metálico.

—Y le consta, capitán, que Gilmore no fue apuñalado. Le dispararon… con un arco. Y en su caso, la flecha desapareció, porque el arquero disponía de más tiempo que en la piscina.

Objetó el fiscal:

—El veredicto oficial es que fue apuñalado.

—¿Alguna mención de Gerta?

—Nunca oyeron mentarla los muchachos de la policía allá. Interrogaron, naturalmente, a muchas mujercitas, y al parecer, los gustos de Gilmore se concentraban en pelirrojas y morenas. Nada de rubias. Claro que cualquier hombre cambia a veces su dieta.

—El Diario de Gerta así lo demuestra.

—No estaría yo tan seguro. Tres días antes de morir había anunciado Gilmore su próxima boda. No era con Gerta.

—Conociendo yo a Gerta, no rae extraña, y así construyo los hechos. Después de su divorcio conmigo, Gerta va a Hawái, conoce a Irvin y se enamora de él. Es la clase de marido que anhela. Joven y rico. Cuando Irvin le dice que va a casarse con otra, ella le mata.

—Conteste a una o dos preguntas, Derek —expuso Gunar, encendiendo otro cigarrillo con la colilla anterior—. Si Gerta mató a Irvin con arco y flecha, ¿quién mató a Gerta… con arco y flecha?

—No lo sé, pero pudo ser venganza. La ley del Talión, ya sabe. Eso explicaría el uso de la misma arma. Apuesto a que alguien de Hawái siguió la pista a Gerta hasta su piscina.

—¿Quién? —quiso saber Gunar.

—¿Qué hay de la novia de Irvin, o un hermano?

—La novia de Irvin se casó seis meses después con otro. Su

hermano es único heredero de una fortuna que pasa de tres millones. Francamente, no veo a ninguno de ellos dos ardiendo en afán de venganza.

Intervino el fiscal. Malignamente:

—Usted odiaba a su exesposa. ¿Es por esto que se halla tan ansioso de aliarla a la muerte de Irvin Gilmore?

—Bueno, usted gana —replicó Derek, encogiendo los hombros —. Yo maté también a Irvin Gilmore. Motivo: su azúcar era demasiado refinado.

—No nos extraviemos —intervino Gunar—. Hace tres años muere un hombre llamado Irvin Gilmore en Hawái. Hace dos días, una mujer llamada Gerta Heilan muere de un flechazo. Hoy tenemos su Diario en que confiesa haber asesinado a un tal Irvin. Pero no especifica el año. Pero al parecer, Gerta era extraña. ¿No pudo ella escribir mentiras? Levantándose, dijo el fiscal:

—Capitán, la entrevista ha terminado. Me estimo benévolo con usted, Derek. Voy a hacerle una declaración a la prensa. —Y mirando fijamente a Derek, añadió secamente—: A solas.

Esperó Gunar a que saliera el fiscal, para decir:

—Parece aturullado, muchacho.

—Usted me aturulla, porque tengo la impresión de que esconde un as en la manga.

—Dese por contento que «Abuelita» no le empaquetase.

—Vaya, hombre… O sea, que yo vine aquí con todo mi candor, abatiendo las cartas sobre la mesa y creyendo ayudar. Me equivoqué.

—¡Oh, no, muchacho! Usted vino a darse un poco de gloria. Y ¿desde cuándo coloca usted todos los naipes boca arriba Fox? —Le dio una palmada en el hombro—. Podría complicarle la existencia, Fox, pero no lo haré, por si acaso en su camino de sabueso solitario topa con la verdad.

Saliendo, oyó Derek un retazo de la conferencia del fiscal a la prensa:

—… y debido a los esfuerzos de mi oficina… Había llegado como un héroe, y salía como un mortal corriente, necesitando un afeitado. Y sobre todo, necesitando no extraviarse por corazonadas. Rondaba un arquero…

CAPÍTULO XII

En su despacho halló una nota del telefonista Un hombre le había llamado repetidamente la tarde anterior, sin dejar recado: Walt.

La Unión Taxista no tenía ningún registro de petición de servicio desde la residencia Carson.

Salió a la calle con una idea: seguir los pasos que dos días antes había dado Gerta, mientras él la seguía. Llegó hasta la parada final del recorrido de Gerta: una tienda de artículos deportivos.

Un dependiente le acogió afectuoso:

—¿Puedo serle útil, señor?

—Mucho. ¿Anteayer despachaba usted?

—Sí, señor. ¿Qué es? ¿Desea usted cambiar alguna compra, señor?

—No del todo. Tal vez usted atendió a mi esposa. Llegó aproximadamente a la hora de cerrar. Una rubia bonita, con chaqueta de visón.

—Sí, la recuerdo… Por el visón… La atendí yo mismo.

—¿Qué compró?

—Nada, señor. Me consta porque tenemos una competición establecida entre el personal. El que vende más cada semana gana un par de butacas para el mejor espectáculo que elige. Pero su esposa no compró nada.

—¿Recorrió el escaparate de arcos y flechas?

—No. Déjeme recordar… Habló de un equipo de pelota-base para su hijo. Pero no se decidió.

—Tal vez comprase a otro dependiente.

—No es posible, señor. Tenemos la costumbre de no quitarnos los posibles clientes.

—¿No preguntaría por un cuchillo de caza?

—Es curiosa su pregunta, señor. Precisamente un cuchillo de caza nos fue robado hace un par de días. Un robo absurdo, ya que valía apenas dos dólares. Algún chiquillo. ¿Me permite un instante, señor?

Había entrado otro cliente. Y acudía el dependiente a atenderle. Repiqueteó Derek sobre el cristal, transparentando instrumentos cinegéticos.

¿Por qué Gerta había robado un cuchillo de caza?

Y de pronto, le pareció que una luz repentina iluminaba mucha penumbra. Salió yendo por la acera, absorto en sus pensamientos.

Se detuvo ante un hotel, situado en la acera de enfrente. Lo miró por lo menos durante cinco minutos, a cuyo final no habría podido decir si el edificio era blanco o negro, ni cuál era el nombre del hotel.

Vio a una mujer empujando la puerta de cristales, y saliendo. La miró sin verla, pero de pronto respingó. Era Luana Müller, la secretaria.

Pero cuando se dio cuenta, ya no se veía Luana Müller, pese a que corrió a la esquina. Regresó, y atravesando la calle, entró en el Hotel Resland.

Un vestíbulo pequeño, discreto, para clase media. El recepcionista era también de la clase, que profesionalmente sabía catalogar Derek.

De mediana edad, indiferente y acostumbrado a todo.

—Policía —afirmó Derek, abriendo y cerrando su carnet—. ¿Vio a la joven que hace poco salió?

—No, oficial. Yo estaba hasta hace medio minuto en el despacho. ¿Es ella cliente del hotel?

—No. Ha venido a visitar a alguien.

—Entonces no sé decirle… No preguntan. Se atienden. —Y señaló el ascensor.

—¿Tiene algún huésped de Los Ángeles?

—Puede.

—Deme el registro.

El empleado lo tendió con indiferencia. Estaba habituado. Fue recorriendo Derek el registro de entradas. Dos procedentes de Los Ángeles. Una mujer, llegada el día anterior.

La otra entrada le satisfizo: «Walter Spragg», Inscrito tres días

antes. Habitación número 255. Colocó Derek el índice sobre la inscripción e inquirió:

—¿Conoce a este tipo? ¿Grandullón, cabeza cuadrada, aspecto de luchador?

—Ya que usted lo dice… Personalmente, no me fijo. Entran y salen muchos y mientras paguen su cuenta, por mí pueden tener hasta dos cabezas.

—Ya. Gracias por la ayuda.

—¿No visita al 255? Puedo llamarle si quiere.

—'No es necesario.

Salió Derek del hotel, pero no fue lejos. Esperó hasta ver que el recepcionista entraba en el despacho, y cautelosamente volvió al vestíbulo. Se inclinó al pasar ante el mostrador y entró en el ascensor.

El pasillo estaba desierto y olía a desinfectantes. Ante la puerta 255, flexionó Derek las manos y rodillas. Sabía lo que iba a pasar. Llamaría y Walt abriría. Contaba con el segundo de sorpresa de Walt. Bastaría.

Llamó. Repitió la llamada momentos después. Estaba seguro de que Walt se hallaba ahí dentro. Luana Müller no le habría visitado sin una cita previa.

Tanteó el pomo. La puerta estaba abierta. Empujó con el hombro, entrando rápidamente. Dispuesto a todo. Y se detuvo.

Walt estaba en casa. Sentado en un gran sillón cerca de la ventana, y no se levantó, pese al ruido de la violenta entrada de Derek.

Ni siquiera levantó la cabeza, cuya barbilla reclinaba sobre el pecho.

«Entran y salen» había dicho el recepcionista. Walter Spragg no iba a salir por su propio pie, sino en camilla. Porque estaba muerto.

Tibio aún, pero también estaba tibio el cuarto.

Dedujo Derek que la muerte había tenido lugar por la mañana, ya que Walt estaba afeitado y la ventana tenía su cortinilla alzada.

A Walt se le había caído la dentadura postiza. Estaba en su regazo, donde parecía sonreírle a Derek. No había sangre ni señales de violencia. Pero tenía la lengua muy hinchada. Y lo que le había estrangulado, casi estaba enterrado en la carne del grueso cuello.

Una cuerda de arco. Delgada y recia.

Esta vez el arquero no había empleado la flecha, pero había venido preparado. A cada extremo de la cuerda de arco, había una maderilla atada a modo de empuñador, para no cortarse las manos.

Preguntó Derek en voz baja:

—¿Cómo es posible que un varón de tu calibre, Walt, se dejara estrangular sin mover un dedo?

Junto al sillón había una mesita, con un frasco de *whisky* casi vacío, y un vaso completamente vacío. Miró Derek el vaso sin tocarlo. En su fondo había un poso.

Introdujo el índice, arañando el poso, y sacó un poco de polvo blanco, solidificado. Lo olió. Carecía de olor. Algo nervioso, probó muy levemente el sabor. Amargo.

El mismo sabor que tenían las cápsulas de barbitúrico para dormir.

Estaba claro. Walt se había dormido, y por eso pudo ser estrangulado, sin lucha ni oposición. ¿Cómo le habían administrado el narcótico?

Haciéndole una visita de confianza. Y el arquero había simplemente esperado a la cabezada con la que Walt anunciaba que estaba dormido.

—Alguien pagará, compadre, te lo garantizo.

Con mucho tiento logro sacar la cartera de Walter Spragg, y de ella sacó un carnet metido en plástico transparente. Le era familiar, ya que él mismo llevaba uno igual.

Licencia de detective, en California.

—Bien, otro privado poco escrupuloso, que ha terminado mal.

Dejó la cartera sobre la mesa. Fue a escuchar, tras la puerta. No se oía nada. Salió cerrando la puerta en la que colgó el cartelito: «No llamen, por favor».

Serviría para unas horas. El vestíbulo estaba desierto. Se veía de espaldas en el despacho al recepcionista. Mordiendo el mango de un lápiz muy absorto. Crucigramista.

Salió Derek a la calle. Parecía un transeúnte más. No un hombre que dejaba atrás un cadáver, e iba en busca del asesino.

* * *

Llegó a media tarde a casa de los Carson. Había pasado horas

telefoneando a diversas personas de Los Ángeles. Le dolía la mano de tanto marcar números y apretar ebonita.

Vio un «*jeep*» en la alameda y hombres con mono grasiento, manipulando en los coches del garaje. Una doncella le abrió la puerta, cogió su tarjeta y se internó sin invitarle. La que vino fue Joyce Carson, con aspecto hostil.

—No deseamos ser molestados. Ogden no quiere verle. Y menos después ele leer la Prensa.

—Es mejor que me deje entrar, señora. Acabo de ver a Walt, ¿sabe? Titubeó ella, y ya estaba Derek dentro, cuando preguntó Joyce:

—¿Walt qué más?

—Procure alejar a su doncella y demás servicio… menos a Luana. La conversación que se avecina es de las que no deben ser escuchadas por elementos ajenos.

Se internó ella, y Derek esperó un instante antes de orientarse hacia la alcoba de Ogden Carson. Le encontró sentado en la cama. Abundaban los periódicos. Seguía pálido el pelirrojo, pero al ver a Derek, enrojeció.

—No le supuse capaz de presentarse después de todo esto. —Y señaló los esparcidos periódicos.

Se sentó Derek en el borde de la cama:

—Se olvida que es usted mi cliente.

—Ya no. Está usted despedido, Derek.

—No le necesito ya como cliente. En cambio, usted sí que me necesita.

—¿Qué… quiere insinuar?

—Que el sentido común le aconseja tenerme a su lado. Necesita mucha protección, Ogden.

—¿Por qué?

—Walt.

—No le comprendo. —Pero Carson crispó las manos, juntándolas.

Entró la señora Carson seguida de Luana Müller. Ésta parecía preocupada. Su sonrisa, como siempre, era fija. Dijo Joyce:

—Hice lo que me indicó. No hay nadie más en la casa. Fue Derek a cerrar la puerta:

—Pónganse cómodos y no tome nota taquigráfica, Luana, por su

propio bien. Empecemos por Gerta. ¿Cuándo se enteraron de que era cleptómana? Vulgarmente expuesto, persona rica que roba sin necesidad.

—Hace ya cerca de un año —confesó Ogden, abatido.

—¿Lo sabía la policía?

—Sí, y también muchas tiendas. Se limitaban a pasarme la factura.

—Al menos usted se enteró, Ogden. Más lo que yo creí que eran joyas regaladas, resulta ahora que las robaba ella. Pero ella nunca confesó su manía.

—No quiso que la ayudásemos —se quejó la señora Carson.

—Sea como sea, Gerta ya descansa en paz —murmuró Ogden.

—Y también Walt —expuso Derek—. Deseo que alguien tenga la bondad de explicarme lo referente a Walt.

Esperó inútilmente respuesta.

—Bien, entonces hablaré yo. Primero, anoche me mintió, Ogden. Lo acepté porque quería que usted me contratase. Me dijo que había encontrado el Diario ayer. Pero era imposible. Este Diario ha sido el motivo por el que fue a Los Ángeles. ¿Cuándo lo encontró?

—La semana pasada —intervino Joyce Carson—. Yo lo encontré casualmente en el cuarto de Gerta.

—¿Encima de una mesa y abierto, señora?

—Escondido en una caja de sombreros. Lo leí y se lo entregué a Ogden.

—Y por eso fui a Los Ángeles. Necesitaba alguien que vigilase a Gerta evitando publicidad, dado que mi proyecto de Ceddar Sea era mi jugada máxima. No podía recurrir a la policía y arruinar mi reputación. Por eso contraté en Los Ángeles un detective, privado. Creía que no recurriendo a una agencia local, evitaría el escándalo. Y ya ve…

—La idea era buena, pero eligió mal al detective…

—Lo elegí en el listín. Parecía eficiente y no hacía muchas preguntas.

—Según mis informes, Walter Spragg tenía muy mala fama. Expulsado de la policía oficial. Suspendida una vez su licencia, la recuperó por sobreseimiento.

—Lo contraté el lunes. Y llegó por la noche. Yo permanecí en Los Ángeles por otros negocios. Cuando regresé, Gerta ya había

muerto.

—Esto explica por qué tenía yo la sensación de ser acechado, mientras seguía a Gerta por cuenta del impostor. Y mientras yo hablaba con Gerta, él estaba fuera del muro. Dos detectives al acecho y ninguno vio cómo mataban a Gerta.

—Walt dijo que lo había visto.

—Lo dudo. Debió seguir al arquero. Fueron sus piernas las que yo vi correr. Intentaba atrapar al arquero.

—¿Quiere decir que no conocía al asesino?

—Lo identificó y esta mañana me he enterado.

—Walt me telefoneó, pidiéndome dinero para callarse. Amenazó con contar a la policía todo lo que sabía. Y que lo explicaría de modo que la policía creyera que yo había matado a Gerta.

—Intentó un chantaje conmigo también. Tenía tres paganos en perspectiva: usted, yo y el arquero. Y ya sabemos que Walt ha muerto. Llevamos rato hablando de Walt en pasado.

—Sí, lo sabemos —admitió Joyce Carson—. No pensamos llevarle luto.

—Pero la policía verá que Walt murió de resultas de un apretón de cuerda de arco, ¿verdad, Luana?

—Le vi muerto, pero no me acerqué. No veo mucho, ¿sabe? Y supuse que había muerto de un ataque al corazón.

—¿Acaso está acusando a Luana? —protestó Ogden.

—Me limito a seguir la táctica que seguirá la policía. Una teoría: usted exponía grandes sumas en su proyecto de Ceddar. No deseaba escándalos, como por ejemplo, que Gerta fuera descubierta robando. Quería usted proteger su proyecto financiero, aun con el sacrificio de su misma esposa. Cuando lo descubrió Walt, usted lo mató también.

—¡Esto es ridículo! Estoy enfermo, en cama…

—Pasemos a Luana. Ella tuvo también acceso al arma, oportunidad y motivo. Ella cogió el soporífero que anoche dejó aquí el doctor. Lo echó en la bebida de Walt, mientras charlaban. Después no le era difícil pasarle la cuerda por el cuello. La vi saliendo del hotel esta mañana.

Luana Müller se limitó a denegar, con expresión desdeñosa. Siguió Derek:

—Podemos repartir el trabajo entre los dos. Usted mató a su

esposa, y Luana mató al chantajista.

—Teorías absurdas —rebatió Joyce Carson—. Anoche, Ogden iba a visitar a este Spragg, cuando experimentó su depresión. En cuanto a Luana, la envié yo esta mañana al hotel, con la cantidad que pedía Spragg. Lo encontró muerto y regresó con el dinero.

—Bien, esta tarde hacia las siete, creo que se hará la luz. Espero que no deslumbre a nadie de los aquí presentes. Buenas tardes.

Llegaba a la puerta de salida, cuando le llamaron. Ogden Carson acudía en pijama y con los pies desnudos.

—Deseo hacerle una pregunta en privado. Insinuó usted que Luana podía tener un motivo para matar a Gerta. ¿Qué quiso decir?

—Luana vive aquí y es joven. Usted vive aquí y es rico. Gerta ha muerto. ¿No ve en qué se convierte, Ogden?

—No.

—Sigue siendo joven y rico… pero viudo, hombre.

Y se alejó Derek, mientras Ogden Carson permanecía fruncido el ceño, apoyándose en la abierta puerta.

* * *

A las siete llegó al domicilio de Hedda. Había descansado un par de horas. Llamó inútilmente. Nadie le abrió. Regresando a su coche, recordó la llave que ella dijo guardar en el estante sobre la luz.

La encontró. El piso estaba tibio por el calor del día, y fragante con el perfume de su dueña. Encendió la luz, y sentándose en el sofá, se dispuso a esperar.

Vio entonces el papel sobre la falsa chimenea, sostenido por un candelabro. Eran dos papeles. El primero mecanografiado:

> «Ejército de los Estados Unidos. Certificamos que el sargento Cliff Holden…».

Certificaban los buenos servicios del sargento Holden. Lo que le interesaba a Derek estaba allí. Holden había estado en la base de Hawái al mismo tiempo que Gerta.

El segundo papel estaba escrito a mano:

«Querida Fox:»

«Te dejo el informe sobre C. H, y lamento faltar a la cita, pero me han llamado para estar en Ceddar Sea a las siete y media. Algo referente a Gerta. Volveré pronto».

«Cariño de H»

Miró Derek su reloj. Eran ya las siete y media. Y tenía el presentimiento de que Hedda no volvería pronto. Y se hizo la luz. Como cuando había descubierto por la mañana que Gerta era cleptómana.

Ahora, en aquellos dos papeles, Hedda había escrito la identidad del arquero. Los guardó yendo hacia su coche.

Condujo al máximo hacía Ceddar Sea. Sólo sesenta horas antes había recorrido aquel mismo camino. Y en aquel corto período de tiempo habían muerto. Gerta, Hopp y Walt.

Se había despedido de la mujer que amó durante Unas semanas y se había enamorado de la misma imagen, con cabello negro.

Llegó por fin a la desértica extensión que era Ceddar Sea. La Zona Residencial Moderna para Vivir Modernamente, seguía siendo una llanura deshabitada.

Entró en el sendero que conducía al castillo Carson. Una lechuza, iluminada por los focos, elevó su lento vuelo fantasmal. En la alineación que señalaba una futura calle, pasaron varias liebres.

De vez en cuando, la masa de una excavadora o un tractor, aparecía como un panteón ultramoderno.

Por fin encontró el coche de Hedda. Aparcado en un talud donde la carretera se internaba entre dos colinas.

El coche estaba vacío. Una puerta abierta, como si se hubiera salido demasiado aprisa para poder cerrarla.

O como si la hubieran sacado a la fuerza.

Detuvo Derek su coche, y bajando, linterna en mano, fue a examinar de más cerca el coche. Había dado dos pasos cuando respingó a un lado, porque un lagarto se deslizaba.

Un lagarto que le salvó la vida.

Porque la flecha se le clavó a Fox Derek en el hombro derecho.

CAPÍTULO XIII

El impacto le hizo caer de rodillas, saltando de su mano la linterna. Se arrastró para cubrirse con el cercano matorral, huyendo de la luz de sus propios focos.

Permaneció boca abajo, crispados los dientes. Le ardía el hombro, donde parecía que tenía clavado un banderín. Resultaba increíble que una flecha pudiera doler tanto.

Prefirió pensar en las ventajas. Estaba invisible por el momento, y la flecha no se había hincado mortalmente. Se podía mover, aunque su brazo derecho quedara fuera de combate.

Miró hacia su coche. Era el escudo ideal, pero si intentaba alcanzarlo, lloverían más flechas. Se vio yaciendo como un erizo…

Siguió tendido, escuchando con todos sus sentidos, tratando de escrutar las tinieblas.

Oía sólo el rumor de la brisa.

Gritó:

—¡Fallaste la primera!

Y apenas gritó, se apartó arrastrándose. Oyó el zumbido agudo de la nueva flecha pasar por encima de él. El arquero había tomado por diana la silueta de un hombre agazapado, no tendido.

Viendo el plumero de la flecha, trató Derek de deducir la posición del arquero. La luna iba asomándose por encima de las colinas, como un tímido espectador.

—¡Va a llegar la policía!

Se arrastraba sobre el costado izquierdo, y la tercera flecha zumbó esta vez buscando el cuerpo tendido. Siguió arrastrándose, creyendo que iba a perder el sentido.

Con la mano izquierda se tanteó la flecha hincada, hasta hacer presa. Al arrancarla, fue como si se quitase un anzuelo. Sintió cómo

la sangre entibiaba su camisa y americana.

Miró la flecha teñida con su sangre. No dejaba de ser un arma, pero el problema estaba en acercarse lo bastante al arquero.

—¡La luna se asoma! ¡Y tengo un revólver! —gritó. La réplica no fue otra flecha. Fue una carcajada.

Y entonces vio al arquero.

Ella caminó hacia el centro de la carretera, a cincuenta pasos. Llevaba falda pantalón, una blusa sin mangas, un carcaj a la espalda y un largo arco en la diestra.

Un Cupido mortal.

—Me diviertes, Derek. Y por vez primera. Vamos, emplea tu revólver, o silba a la policía. —Y volvió a reír burlona.

—No me obligues a hacerlo, Hedda.

—No puedes, cariño. Yo sabía que acudirías volando, a causa de tu complejo de héroe. Sabía que no traerías a la policía, porque te gusta investigar a solas. Y nunca llevas, revólver. De eso me aseguré siempre que me besaste.

Hablando colocaba ella otra flecha en su arco. Y disparó de pronto, siempre sonriendo burlona. Hacia arriba, hasta clavarse en un árbol a cinco pasos de Derek.

—Te costará atinarme, porque corro más deprisa que un jabalí, y más deprisa que Irvin Gilmore. El caballero que las prefería morenas. Y Gerta no era morena. ¿Dónde estaba Gerta aquel año si no estaba en Hawái?

—¿Dónde iba a estar una ladrona como ella? En una cárcel de Ohio. Cumplió condena, bajo identidad falsa. A nadie se lo dijo, sólo a mí.

—Supiste engañarme bien, Hedda.

—Necesitaba a alguien que pudiera ir informándome de cómo adelantaba la investigación. Por eso te contraté por mediación de Hopp.

Iba retrocediendo Derek lentamente, de modo que no se alterase su voz. Tenía que atraerla hacia los matorrales.

—La nota que me dejaste esta noche te delató. Tu letra me dijo que el arquero eras tú.

—Pero viniste, ¿no? Ya me acordaré de quitarte el escrito antes de irme.

—¿Y qué pasará con mi cadáver?

—Ya lo encontrarán. Pero dentro de meses.

—¿Y mi coche?

—El gran océano está cerca. Mientras, la policía te buscará.

—Ya sé que tú y Gerta os odiabais. La flecha fue la primera pista. Tú y Gerta estudiasteis en el mismo colegio, donde aprendisteis el tiro al arco. Y viendo tu letra, adiviné el resto. Encontraron el Diario en el cuarto de Gerta, y pareció el suyo. Pero era tu Diario. Ella te lo robó, ¿verdad? Y por eso tuviste que matarla.

Ya estaba cerca del desfiladero.

—¿Gerta te hacía chantaje? Tenía que morir porque poseía tu confesión escrita de que mataste a Irvin. Y a lo mejor, tú la imitabas antes. Haciéndole chantaje sobre su año de cárcel. Posiblemente le sacaste el dinero necesario para instalar tu salón de belleza. Muerta, ya no te preocupaba. Encontrarían aquel Diario, que se ajustaría al año en que Gerta estuvo en cárcel y tú en Hawái. Me colocaste como sospechoso número uno, cerca de Gerta, a través de Hopp. No podías contratarme directamente porque te habría reconocido como gemela de Gerta.

—Poco tiempo te queda para demostrar lo listo que eres.

—Walt te vio dejar la casa Carson por la puerta lateral, y pensó que eras Gerta, la mujer a la que debía seguir. Te siguió hasta tu domicilio. Y al día siguiente, leyendo los periódicos, se enteró de su error. Debió molestarle mucho darte cuenta de que habías matado para evitar un chantaje, y te salía Walt, un nuevo chantajista. Lo mareaste para echarle narcótico.

—Si sabías todo esto, ¿por qué viniste aquí esta noche?

Pudo oír como avanzaba ella abandonando la carretera. Oía sus pasos por la hierba.

Una nube misericordiosa ocultó la luna unos instantes…

Cuando volvió a verla, estaba escrutando a media ladera, tenso el arco, buscando en semicírculo la flecha.

—¿Perdiste el sentido, Fox?

Estaba a diez pasos. Fox Derek balanceó el brazo izquierdo, y tiró la flecha con toda su fuerza.

Volviéndose al mismo tiempo, ella le vio. Dilatando los ojos al ver una de sus flechas surcando el aire hacia ella. Intentó ladearse y bajo su pie izquierdo, resbaló la grava.

Su arco disparó pero hacia arriba, y con un grito, perdido el equilibrio, cayó hacia atrás, desapareciendo en el fondo de tinieblas que era el barranco a su espalda.

Quedó solo el eco de su grito, y luego un sonido mate, de un cuerpo chocando contra algo compacto.

Esperó Derek unos instantes. Después, remontó la ladera.

La luna iluminaba el hoyo. Allí habían amontonado restos inservibles de la construcción.

Ella yacía sobre el montón de escombros.

Hubiera sido más poético en vengadora justicia, pensó Derek, que se hubiese clavado ella misma una de sus flechas. Pero era un trozo de hierro retorcido lo que le había atravesado el busto. Yacía boca abajo.

La muerte no le había concedido a ella la expresión plácida que le dio a Gerta Heilan.

Tambaleándose, fue Derek hacia su coche. Le costaba conducir con un solo brazo. Al llegar al castillo Carson, bajó. La puerta estaba cerrada con cadena.

Empleó una piedra para hacer saltar los cristales de una ventana, y entrando, fue al teléfono. Llamó al capitán Lewis Gunar.

Cuando se oyeron las sirenas zumbando acercándose, Fox Derek había fumado muchos cigarrillos en la obscuridad. Su hombro le dolía mucho, pero cicatrizaría.

Lo que tardaría en cicatrizar era su alma.

Volvió al teléfono. Llamó al centro de reclutamiento, pidiendo reingresar. Añadió que pedía ser voluntario para una base aislada.

El sargento reclutador contestó apaciguador:

—Vuelva a la fiesta, amigo, y siga bailando, pero beba menos. Y de paso, si su chica tiene una hermana, pídale su número de teléfono para mí, ¿quiere?

—Eso es lo malo. Tenía una hermana. Colgó. Mañana iría en persona.

Saliendo por la ventana, volvió a la fiesta. Los primeros invitados llegaban ya en el coche patrulla.

Horas después, profetizaba el capitán Gunar:

—No es mala idea, muchacho. Nuevo ambiente, nuevas mujeres… Conocerá alguna buena.

—¿Sí, capi? —murmuró Derek, con triste ironía.

El capitán Lewis Gunar se dio un puñetazo en la palma diestra:

—¡Naturalmente! Como mi madre, como la suya. Como mi esposa. Fíjese, cuando conocí a mi costilla, le abarcaba yo el cinto con dos manos. Hoy apenas la abarco con los dos brazos, pero sigo tan enamorado, porque es buena. Y usted acertará, muchacho. Escríbame de vez en cuando.

Medio año después, desde la base cerca del continente asiático, el suboficial Fox Derek escribía al capitán Gunar. Iba a casarse con una enfermera.

Le envió diez meses después la participación de nacimiento del primer varón. Y el capitán Gunar gruñó satisfecho. Fox Derek ya no era un cínico amargado.

Era uno más en la plácida cofradía de padres de familia.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. Debrigaw,
Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] «Deat On Arrival». Siglas clínicas significando: «Ingresó muerto».
< <